



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Facultad de Filosofía y Letras

Colegio de Letras Modernas

“Traducción comentada de ‘Girls at War’ de Chinua Achebe”

Traducción comentada

que para obtener el título de

Licenciada en Lengua y Literaturas Modernas

(Letras Inglesas)

presenta:

Zianya Arizpe Rojo

Asesora: Dra. Nair María Anaya Ferreira



México, D.F. 2014



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Gracias:

A la Dra. Nair Anaya Ferreira por su gran paciencia y apoyo durante el desarrollo de este trabajo.

A mi familia y amigos.

Índice

1. Introducción: “Chinua Achebe en su nación y el mundo”	1
2. Análisis de “Girls at War”	10
3. Estrategias para la propuesta de traducción de “Girls at War”	18
4. “Mujeres en guerra” (Traducción)	27
5. Bibliografía	47
6. Versión en inglés de “Girls at War”	48

1. Introducción: “Chinua Achebe en su nación y el mundo”

A pesar de que Chinua Achebe es uno de los escritores más importantes de la literatura africana y de ser ampliamente reconocido en Europa y Estados Unidos, no es muy conocido en México. Este escritor cuenta con una obra vasta que se ha traducido a cincuenta idiomas y sus novelas se consideran libros de texto en algunos países de África. Sin embargo, en nuestro país es difícil encontrar su obra incluso en el idioma original.

En Nigeria, su país de origen, Achebe marcó un parteaguas al abrir las puertas a varios escritores para que fueran conocidos en el mundo; el éxito de su primera novela *Things Fall Apart* (1957) despertó la curiosidad de diversos lectores sobre la literatura africana. También fue editor de la serie de escritores africanos de Heinemann, con lo que impulsó a varios autores, entre ellos algunos anteriores a él, como Amos Tutuola, Es'kia Mphahlele y Ngugi Wa'Thiongo, entre otros. Además de su influencia en la promoción de la literatura africana, su importancia radica en ser uno de los primeros autores africanos en escribir su obra en inglés.

La novela *Things Fall Apart* es parte de una trilogía en que Achebe revisa la historia de Nigeria desde el momento de su colonización. En esta trilogía, cuestiona la historia narrada por la tradición occidental la cual representa a los africanos como salvajes y niega su pasado. Achebe, de origen ibo pero con educación europea, utiliza el inglés modificándolo con algunas palabras y conceptos ibo para contar su propia versión de la historia. Este cuestionamiento funciona como un acto de subversión contra Occidente en el que este escritor reivindica y enaltece el pasado tribal de África, característico de la literatura poscolonial. En estas novelas, Achebe articula una reflexión sobre la situación de la Nigeria moderna por medio de los mundos ficticiales que crea.

De acuerdo con la obra ensayística de Achebe, esta preocupación por la historia debe ser una de las funciones del escritor. En “The Novelist as Teacher” dice:

I think it is part of my business as a writer to teach that boy that there is nothing disgraceful about the African weather, that the palm tree is a fit subject for poetry.

Here then is an adequate revolution for me to espouse—to help my society regain belief in itself and put away the complexities of the years of denigration and self-abasement. And it is essentially a question of education, in the best sense of that word. Here, I think, my aims and the deepest aspirations of my society meet. (The Novelist as Teacher, 44)

En este fragmento, Achebe afirma que como escritor tiene la responsabilidad ante su sociedad de educar con la finalidad de disminuir el sentimiento de inferioridad racial. Achebe utiliza su cuestionamiento de la historia y el alcance e impacto que tiene la literatura para contrarrestar los años de denigración que trajo la colonia y enaltecer lo africano.

En su obra, Achebe fomenta en sus lectores un orgullo por lo africano por medio de una hibridación de características africanas y occidentales. A partir de esta hibridación, Achebe busca crear una literatura africana que contribuya a la formación de una identidad nacional, en la que el ser africano no se refiere a pertenecer a una tribu, sino a una nación, en este caso Nigeria, que es producto de diferentes eventos históricos. Esta identidad está marcada por un sincretismo cultural entre las tribus dentro del territorio de Nigeria y la cultura inglesa, y por un sincretismo religioso consecuencia de la intervención de misioneros cristianos.

La hibridación presente en la obra de Achebe se manifiesta, en primer lugar, en el uso de la lengua, de la cual hablaré más adelante por sus implicaciones culturales y políticas. En segundo lugar, incorpora ideas y conceptos ibo en su obra que mezcla con el uso del idioma inglés y los géneros literarios provenientes de Occidente: novela, cuento y poesía. A lo largo de su introducción a *Reading Chinua Achebe*, Simon Gikandi problematiza la representación de la cultura ibo en la obra de Achebe; la tradición oral es notoria en su obra de Achebe por medio de

oraciones cortas en voz de sus narradores y la implementación de mitos e historias ibo, al mismo tiempo que incluye los conceptos de dualidad y de la no universalidad:

Duality appeals to Achebe precisely because it produces a multiplicity of meanings and indeterminate zones of representation which generate narrative invention... The ibo mind thrives on a temporal reversal of concepts and categories. For the ibo, says Achebe, there are no fixed taxonomies: "Wherever Something stands, Something Else will stand beside it. Nothing is absolute..." (Gikandi, 20).

Gracias a la idea de que "nada es absoluto" ni definitivo, Achebe crea por medio de su obra una nueva forma de representación de la historia y la realidad. Él ofrece una nueva versión de Nigeria, misma que no parte de una visión absoluta e inflexible como la contada previamente por los colonizadores y que permite el desarrollo de múltiples interpretaciones. La herencia cultural procedente de sus orígenes Ibo, así como su formación occidental se encuentran reflejadas en esta visión de "la realidad". Su comprensión integral sobre ambos mundos le permite distanciarse y cuestionar las visiones existentes para así criticar a través de su obra.

La hibridación en la obra de Achebe coadyuvó a conformar una nueva identidad con la que los nigerianos podían identificarse pues todos, sin importar su tribu de origen, tenían tres cosas en común: el idioma inglés, una historia colonial y el espacio geográfico llamado Nigeria. Estos tres elementos están presentes en su obra como parte de un proceso de educación de la sociedad con el que busca contrarrestar los años de sentimiento de inferioridad racial:

I would be quite satisfied if my novels (especially the ones I set in the past) did no more than teach my readers that their past—with all its imperfections—was not one long night of savagery from which the first Europeans acting on God's behalf delivered them. Perhaps what I write is applied art as distinct from pure. But who cares? Art is important, but so is education of the kind I have in mind. ("The Novelist as Teacher", 45)

Cabe mencionar que esta "educación" de la que habla Achebe es más compleja de lo que parece. No se trata simplemente de utilizar la literatura como medio de conformación de identidad

nacional, sino como medio de reflexión sobre el papel de la historia, la identidad y la cultura en la conformación de una sociedad. Por un lado, Achebe rechaza la representación europea de los nigerianos y los empodera, pero por el otro, denuncia situaciones como la corrupción o la pérdida de tradiciones. El papel de Achebe como maestro de su sociedad no es aquel de instructor, sino de crítico y expositor de la realidad que vive su sociedad.

“Girls at War” (1972), uno de los cuentos de la colección del mismo nombre, es una muestra del estilo y las intenciones de Achebe como escritor. En este cuento podemos observar la hibridación mencionada anteriormente en el uso que hace de la lengua y también la herencia de la colonización en el aspecto social y político. Achebe hace una revisión de un evento histórico muy importante para Nigeria: la guerra de Biafra.

En Nigeria, entre otros factores, la lengua funciona como agente unificador pues elimina las barreras de comunicación existentes por la multiplicidad étnica en este país. El uso del inglés en Nigeria y en la literatura poscolonial ha sido objeto de debate por mucho tiempo por las implicaciones históricas y sociales que tiene. Considerando únicamente el nivel lingüístico y la expansión geográfica del inglés es lógico pensar que Achebe escoja este idioma para transmitir su obra pues permite su difusión en Nigeria y el mundo. Sin embargo, el inglés en Nigeria representa también la imposición cultural que trajo la colonización por medio de la fuerza y que con otros factores políticos tuvo como consecuencia el sentimiento de inferioridad racial que Achebe quiere contrarrestar.

Para justificar su elección en cuanto al idioma, Achebe escribió un ensayo titulado “English and the African Writer” en el que explica el proceso que Bill Ashcroft en su libro *The Empire Writes Back* llama apropiación y adaptación del inglés, idioma que le permite representar su experiencia y la realidad del africano (38). Tal como los nigerianos modernos, que son una mezcla

entre tradición europea y un pasado tribal, Achebe considera que el idioma debe ser también una mezcla de ambas culturas, por lo que agrega palabras ibo y en algunos casos cambia la gramática del inglés. Con esta apropiación y adaptación, Achebe revierte las marcas históricas de sufrimiento y degradación que conlleva el uso de la lengua inglesa en estas circunstancias y exalta al inglés como parte de la historia y unidad nacional, convirtiéndolo en un rasgo definitorio de identidad nacional.

La importancia de Achebe, su poca difusión en México y que “Girls at War” es un ejemplo paradigmático de su estilo son justificación suficiente para traducir este cuento. Sin embargo, también decidí emprender este trabajo pues el traslado al español de la apropiación de la lengua que caracteriza al estilo de Achebe representa un reto de traducción que puede ser útil para trabajos posteriores. Son también de importancia capital los dos temas tratados en este cuento: la Guerra de Biafra y el papel de las mujeres en la sociedad nigeriana.

La relevancia de traducir a Achebe en México radica en los paralelismos que se pueden trazar entre ambas naciones. En primer lugar, tanto la mexicanidad como lo nigeriano son producto de un sincretismo cultural y religioso resultado de un proceso de colonización. También, ambas naciones han experimentado, aunque de formas distintas, el sentimiento de inferioridad racial de los pueblos nativos de cada lugar. A pesar de ser resultado de un proceso distinto al inglés nigeriano, el español que utilizamos en México contiene rastros del pasado indígena. Consecuentemente, conocer la obra de Achebe puede servir como reflexión en México sobre nuestro propio proceso histórico y la función que han tenido el arte y el lenguaje para conformarnos como nación y como mexicanos.

Traduciré el cuento “Girls at War” a partir de los estudios poscoloniales y de un análisis literario del cuento a un español que busca ser entendible a la mayoría de los hispanohablantes

aunque con algunos detalles del español mexicano. Utilizaré como eje para mis decisiones de traducción los objetivos de Achebe como escritor y las estrategias que utiliza como escritor de literatura poscolonial mencionadas por Bill Ashcroft en *The Empire Writes Back*, con el fin de conservar en la mayor medida posible los referentes culturales presentes en el cuento y respetar la función didáctica de la obra de Achebe. En este trabajo, esta función se mantiene por medio de las focalizaciones del narrador en el protagonista y por medio de la preservación de marcas culturales que reflejan la variedad e hibridación lingüística y cultural de Nigeria presente en el cuento, así como la complejidad del discurso poscolonial en un momento crucial en la historia de ese país.

Para esta traducción y el análisis del cuento es necesario conocer el contexto en el que se desarrolla “Girls at War” así como la postura de Achebe respecto a este suceso. Por esta razón, proporcionaré a continuación una breve descripción de este conflicto. Es importante mencionar que aunque en la obra de Achebe hay rasgos de subversión hacia Occidente, él no toma posturas extremistas. Por el contrario, el mensaje que transmite al incluir la hibridación cultural es de reconciliación. Él no concibe la formación de identidad a partir de la negación de ninguno de los aspectos que la conformaron, sino que la construye por medio de la aceptación de la historia, la riqueza cultural de África, y la influencia de Occidente, sin dejar de criticar las consecuencias negativas de la colonización y la imposición cultural. Achebe tampoco toma posturas radicales ante eventos muy importantes en su historia como la Guerra de Biafra, misma que fue un suceso que marcó sin lugar a dudas la historia moderna de Nigeria y la vida del mismo Achebe.

Nigeria está conformada por diversas tribus. Principalmente se pueden mencionar a los ibo y los yoruba. Desde antes de la colonización, cada una de las tribus ha estado localizada en un espacio geográfico definido (los yoruba al oeste y los ibo al este). Un evento fundamental para la historia de Nigeria, y de África en general, fue la Conferencia de Berlín de 1884 y 1885, pues en

ella se repartió el territorio africano entre las distintas potencias europeas y se dividió África no de acuerdo a la distribución tribal, sino a la conveniencia de los países europeos. Por consiguiente, Nigeria, asignada a Inglaterra, se convirtió en un país grande con una gran diversidad cultural debido en buena parte a que la división tribal no coincidió con la política.

Después del proceso de colonización, Nigeria logró su independencia el 1º de octubre de 1960. En este momento de la historia, la situación tribal no había cambiado demasiado; aún había dos tribus principales aunque muchos ibo se encontraban dispersos por todo el territorio nigeriano por estar incorporados a la vida académica y cultural del país que estaba en la zona yoruba. Las diferencias culturales entre las tribus aún eran muy marcadas en esta época y se fueron intensificando después de la independencia. Este periodo de la historia de Nigeria está caracterizado por gobiernos militares y algunos golpes de Estado. El gobierno se interesó en la zona de Biafra por ser rica en petróleo. Las diferencias culturales antes mencionadas y los intereses petroleros tanto por parte del gobierno como de los habitantes de la zona de Biafra, que eran en su mayoría ibo, llevaron a que esta zona intentara independizarse sin que el gobierno de Nigeria lo permitiera, dando origen al conflicto armado conocido como Guerra de Biafra o Guerra Civil Nigeriana.

Achebe vivía en la zona oeste de Nigeria cuando la guerra comenzó por lo que se vio obligado a regresar a Ibadan, su lugar de origen. Como ibo y como escritor, tomó un papel activo en los conflictos al crear una editorial para publicar libros para niños y continuar su rol como maestro de la sociedad. En esta zona Achebe vivió los bombardeos, las masacres y la hambruna consecuencia de la guerra; su casa fue bombardeada y su amigo, el escritor Christopher Okigbo, desapareció en el campo de batalla. Como consecuencia, el mensaje de unidad nacional y la postura

de Achebe a este respecto cambiaron. En una entrevista sobre la Guerra de Biafra durante este periodo afirmó:

Q: Is it possible for you to place yourself in the Nigerian position at the present time and to argue out their case in terms of integration?

ACHEBE: I have no intention of being placed in a Nigerian situation at all. I find it untenable. I find the Nigerian situation untenable. If I had been a Nigerian, I think I would have been in the same situation as Wole Soyinka is-in prison. (Achebe, "Chinua Achebe on Biafra", 37)

En este fragmento de la entrevista es evidente el cambio que surgió en la mentalidad de Achebe de un mensaje de unidad a apoyar la causa de Biafra. Incluso se refiere a este lugar y Nigeria como estados separados. Él considera Biafra como su hogar y lugar de origen. Más adelante en la entrevista, también pronosticó que estas dos zonas de conflicto se establecerían como estados separados al final de la guerra. Sin embargo, su posición respecto al papel del escritor no cambió tanto:

My own assessment of my position is that the role of the writer is not a rigid position -the role of the writer depends to some extent on the state of health of his society. In other words, if a society is ill he has a responsibility to point it out. If the society is healthy-I do not know of any one-his job is limited. But the kind of commitment I speak of for a writer is not the commitment to governments or to any kind of establishment. This is quite different. I think he should be committed to causes, and it just happens that at this particular time the Biafra-Nigeria thing is not politics, it is causes-there is a fundamental cause. (Achebe, 36)

Achebe no busca servir a un sistema político, gobierno o líder en particular, sino a su sociedad, ibo en este caso. Tanto en sus novelas como en sus ensayos y escritos sobre política, Achebe expresa su firme posición en contra de la corrupción, el odio interracial e intertribal, así como la falta de liderazgo o de pensamiento crítico en la sociedad. La Guerra de Biafra no es excepción para estas posturas, y aunque durante el conflicto Achebe apoyó la causa de Biafra, más adelante

optó por un mensaje en favor de la unidad social sin que esto implicara la alianza con alguno de los gobernantes que subieron al poder.

Ya que he proporcionado el contexto sobre Achebe, su obra y su postura ante el uso de la lengua, la literatura, la sociedad y la Guerra de Biafra, a continuación haré un análisis del cuento “Girls at War” con el fin de proveer un panorama claro para la traducción y las decisiones que esta implica.

2. Análisis de “Girls at War”

Girls at War es una colección de trece cuentos escritos por Achebe a lo largo veinte años y publicados por primera vez en 1973. En estos cuentos, Achebe realiza su función como maestro de la sociedad al tratar diversos temas como el choque de valores occidentales e ibo, el rol de la mujer en la sociedad cambiante y la transformación de los roles de hombres y mujeres en tiempos de guerra. En esta colección hay dos cuentos que tratan el tema de la Guerra de Biafra: “Civil Peace” y “Girls at War”, el último cuento de la colección.

El corte realista que caracteriza el estilo de Achebe en conjunto con la variedad temática y el tratamiento multidimensional de la cultura, género e identidad nigeriana presentes en “Girls at War” proporcionan a este relato una visión casi antropológica descrita por Gikandi en su libro *Reading Chinua Achebe*. Digo antropológica porque Achebe cuestiona y expone a la sociedad nigeriana contando la historia desde “adentro”, al presentar el punto de vista de un militar y una mujer que viven la guerra día a día.

Para la realización de este análisis, comenzaré por el aspecto lingüístico por estar íntimamente ligado al contexto poscolonial y literario. Utilizaré como base teórica el libro de Bill Ashcroft, *The Empire Writes Back* a Anthony Appiah y su ensayo sobre la traducción de proverbios, “Thick Translation” a María Tymoczko con su artículo “Postcolonial Writing and Literary Translation” y a Susan Bassnett con la introducción de *Postcolonial Translation*. Estos críticos proporcionan un análisis sobre las estrategias de los escritores de literatura poscolonial y problematizan la relación entre traducción literaria y la escritura de literatura poscolonial, por lo que serán también la base de mis estrategias y decisiones de traducción.

El uso del inglés en la obra de Achebe es la forma con la cual él representa la variedad cultural de Nigeria en el cuento. En su obra, el inglés es evidencia patente de la historia de Nigeria

y recordatorio de los orígenes ibo de los personajes. En el libro *The Empire Writes Back*, Ashcroft explica dos características del uso de la lengua en la literatura poscolonial que están presentes en la obra de Achebe: la apropiación y la abrogación. Ashcroft define la abrogación como: “a refusal of the categories of the imperial culture, its aesthetic, its illusory standard of normative or ‘correct’ usage, and its assumption of a traditional and fixed meaning ‘inscribed’ in the words” (Ashcroft, 38). Achebe abroga las reglas establecidas de la lengua inglesa y se apropia de ella al realizar cambios en puntuación, sintaxis y uso de vocabulario. En su obra, rechaza el discurso europeo sobre la historia de África y la representación que se había hecho de los africanos. Al mismo tiempo que se da esta negación, Achebe transforma la lengua en algo nuevo, proceso que Ashcroft llama apropiación: “the process by which the language is taken and made to ‘bear the burden’ of one’s cultural experience or, as Raja Rao puts it, to ‘convey in a language that is not one’s own the spirit that is one’s own’” (38).

Algunas estrategias de apropiación utilizadas por escritores de literatura poscolonial son glosas o traducciones parentéticas de algunas palabras (61), palabras sin traducir (64), y finalmente, “*interlanguage*” o “the fusion of the linguistic structures of two languages” (66). Al mismo tiempo, Tymoczko, al explorar las similitudes y diferencias entre la traducción literaria y la literatura poscolonial, menciona algunas estrategias utilizadas por escritores y por traductores que se enfrentan a referentes de la cultura origen que son ajenos y extraños para el futuro lector:

[...] a translator has a variety of choices: to omit the reference or pick some “equivalent” in the receptor culture on the one hand, and on the other to import the word untranslated (with an explanation in a footnote perhaps), add an explanatory classifier or an explicit explanation, use a rare or recondite word of the receiving language, extend the semantic field of a word in the receptor language and so on. (Tymoczko, 25)

En “Girls at War”, Achebe utiliza varias de estas estrategias por medio de tres registros distintos. El primero de estos es una especie de inglés “estándar”, utilizado por el narrador y el

protagonista, Nwankwo. Achebe utiliza la estrategia de explicaciones sobre referentes culturales muy locales, como en el siguiente ejemplo en el que explica lo que es “*Gabon gari*”: “He went now to see an old friend who ran the WCC depot at Nkwerrri to get other items like rice, beans and that excellent cereal commonly called Gabon gari” (104). Este tipo de explicaciones tienen un doble efecto, por un lado señalan una diferencia cultural y por el otro reducen la distancia entre el lector y el texto.

El segundo registro presente en el cuento es el utilizado por la protagonista, Gladys. Para este registro, Achebe utiliza de nuevo la estrategia de apropiación *interlanguage* cuando Gladys dice: “*Ah, na lie-o. I had earrings*” (112). Con esta frase, Gladys niega lo que su coprotagonista le dice sobre usar aretes. La palabra “*na*” quiere decir “*It is*” y la letra “*o*” utilizada al final de las palabras agrega énfasis a las oraciones. En este diálogo, Achebe está transfiriendo la estructura y palabras del pidgin al inglés.

Otra estrategia de apropiación utilizada en este registro consiste en expandir el significado de palabras del ámbito militar en sus diálogos para describir situaciones cotidianas. Un ejemplo de esto es cuando Gladys dice: “You want to shell?” (115). Gladys utiliza la palabra “*shell*” que quiere decir “bombardeo” para referirse a sostener relaciones sexuales. Además, la omisión del auxiliar agrega oralidad al texto y proporciona un ejemplo de apropiación del idioma. Más adelante en ese párrafo del cuento también dice: “Go ahead but don’t pour in troops!”, refiriéndose a una eyaculación. Al tomar palabras del campo semántico de la guerra y dotarlas de significados relacionados a la sexualidad con un tono de frivolidad, Achebe refuerza la idea que está presente a lo largo del cuento sobre la desensibilización paulatina de la sociedad ante la violencia y al mismo tiempo presenta de una forma más clara y directa la ubicuidad de la guerra.

Finalmente, Achebe conforma el tercer registro por medio del uso del pidgin por parte de algunos sirvientes. El pidgin, desde el punto de vista lingüístico, es resultado del fenómeno de *interlanguage* pues el inglés es modificado con la sintaxis, gramática, pronunciación y léxico de una combinación de otras lenguas como ibo, yoruba o hausa; el lector puede inferir el significado por medio del contexto proporcionado por Achebe y por los rastros que aún quedan del inglés. Por ejemplo: “*If no to say de ting de kill porson e for sweet for eye. To God*” (111) Aunque la ortografía está muy cambiada, los fonemas de las palabras modificadas son muy similares, como es el caso de “*de*” y “*the*” o de “*thing*” y “*ting*”, lo cual permite su comprensión.

Los tres registros presentes en “Girls at War” están conformados por las distintas estrategias de apropiación ya mencionadas, principalmente por *interlanguage* en distintos niveles, desde un inglés sólo modificado en la puntuación y el ritmo, hasta un inglés tan modificado que cambia de nombre. El uso del inglés en la historia de África está directamente relacionado con nivel educativo y clase social por lo que los tres registros con cambios en el idioma con distinta intensidad que incluye Achebe contribuyen en buena parte a la caracterización de los personajes del cuento.

En cuanto a estrategias narrativas, Achebe se vale de un mismo registro para construir al narrador y al protagonista Reginald Nwankwo. El narrador se focaliza en el protagonista en distintos momentos del cuento para emitir juicios sobre Gladys y la sociedad en general. Un claro ejemplo de esto es el siguiente párrafo:

He had seen plenty of girls and women marching and demonstrating before now. But somehow he had never been able to give it much thought. He didn't doubt that the girls and the women took themselves seriously, they obviously did. But so did the little kids who marched up and down the streets at the time, drilling with sticks and wearing their mother's soup bowls for steel helmets. (“Girls at War”, 103)

Por medio de esta focalización, Achebe ofrece una visión irónica pues el narrador omnisciente expone los prejuicios, estereotipos y contradicciones de Nwankwo. Esta focalización, lograda por el uso del mismo registro, permite al lector adentrarse en los pensamientos del personaje y apreciar el panorama del cuento desde su punto de vista. Sin embargo, Achebe no utiliza esta focalización de forma permanente sino que aleja por momentos al narrador, dando al lector distancia y espacio para reflexionar lo que plantea la historia.

Nwankwo es un personaje contradictorio que representa a la porción de la sociedad con una doble moral; aquella que juzga a pesar de ser parte de lo mismo que critica. Ejemplo de esto son los juicios que hace sobre la deshumanización de la sociedad ante la guerra siendo que él es soldado, o hacia Gladys por intercambiar sexo por lo que a ella le convenga cuando él es partícipe de la misma situación. Este personaje permite al lector tomar distancia de su sociedad y de sí mismo para así reflexionar sobre la hipocresía, corrupción y falta de valores que aquejan a una sociedad en medio de un conflicto bélico.

Por otro lado, Gladys es un personaje que representa a todo su género y en algunas ocasiones a la sociedad; incluso llega a ser descrita por Nwankwo como “a mirror of society” (“Girls at War”, 116). Gladys experimenta un cambio a lo largo de los tres episodios o encuentros en los que está dividido el cuento y es quien hace evidentes el contraste y el cambio generacional entre los antiguos y nuevos valores, costumbres y perspectivas. Su caracterización como mujer fuerte, confiada, práctica y valiente conforma un cuadro crítico complejo que hace Achebe como ejemplo de transformación del rol de la mujer y de su habilidad de adaptación y supervivencia. De esta forma, cuando Nwankwo o el narrador critican a Gladys, también están criticando o emitiendo juicios sobre las mujeres en esa sociedad. Por un lado, Nwankwo y la voz narrativa focalizada en él juzgan a Gladys y a la sociedad como si él fuera ejemplo de rectitud; por el otro lado, gracias a

la caracterización de Gladys y los contrastes entre las acciones y críticas de Nwankwo, él mismo se convierte también en objeto de reflexión.

Achebe desarrolla la historia y a sus personajes en medio de un tono progresivamente pesimista. Además, refleja el ambiente de la guerra en el tono del cuento en todo momento por medio de cúmulos de adjetivos que denotan decadencia y resignación. Por ejemplo:

Death and starvation having long chased out the headiness of the early days, now left in some places blank resignation, in others a rock-like, even suicidal, defiance. But surprisingly enough there were many at this time also who had no other desire than to corner whatever good things were still going and to enjoy themselves to the limit. For such people a strange normalcy had returned to the world. All those nervous check-points disappeared. Girls became girls once more and boys boys. It was a tight, blockaded and desperate world but none the less a world—with some goodness and some badness and plenty of heroism which, however, happened most times far, far below the eye level of the people in this story—in out-of-the-way refugee camps, in the damp tatters, in the hungry and bare-handed courage of the first line of fire. (104)

Este párrafo describe al mundo como si estuviera destrozado, e incluso la voz narrativa se conforma con que aún exista; además, aunque el narrador habla de cosas buenas que sucedían, con la palabra “*still*” implica inseguridad de que estas continúen. El léxico en general es de decadencia: “*death*”, “*starvation*”, “*blank resignation*”, “*suicidal*”, etc. La selección de palabras simples, términos prácticos que reflejan la crudeza de la situación y la forma en la que los personajes y el narrador están inmersos en ella.

A lo largo del cuento, Achebe se vale de la ironía para conformar el tono pesimista que caracteriza su obra. La primera muestra de ironía del cuento se encuentra en el título mismo: “Girls at War” porque asevera que las mujeres están en guerra, lo cual quiere decir que tienen un papel activo en esta. Empero, considerando este sentido literal en el cuento, las mujeres tienen sólo papeles pequeños en el conflicto armado como ayudantes en la Cruz Roja o revisando autos en retenes de seguridad. Por otro lado, la protagonista logra sacar provecho de la guerra con lo que Nwankwo incluso dice “You girls aren’t really at war, are you?” (Girls at War, 111). Gladys, que

en un principio quería estar en el frente de batalla, pasa de sacar ventaja de su situación como mujer y de sus relaciones personales, a ser una víctima mortal de la guerra. Las mujeres no luchan en el frente de batalla pero sí viven los estragos y consecuencias fatales de la guerra como la falta de alimento o los bombardeos a sus casas. Aunque no toma las armas, Gladys sí proporciona a la guerra sus ganas de participar y de apoyar a la causa, como realmente sucedió durante la guerra de acuerdo con Achebe:

On the other side you find a new spirit, a spirit you did not know existed, a determination, in fact. I was in Europe for about three weeks a while ago and, I got back I found young girls had taken over the job of controlling traffic from the Police. They were really doing it by themselves-no one asked them to. This kind of spirit exists, and this makes it so tremendous and hopeful. (Achebe, Chinua Achebe on Biafra, 31)

La ironía está entonces en el tono utilizado por Nwankwo y en la primera impresión sobre la situación de las mujeres en ese momento porque al final las mujeres sí participan y sufren la guerra.

Igualmente, el narrador focalizado en Nwankwo subestima a las mujeres implicando que nadie, excepto ellas, tomaba en serio sus intenciones de colaborar en la guerra. Sin embargo, los eventos que preceden este hecho configuran una relación de poder que favorece fuertemente a Gladys. En este aspecto, Achebe enseña al lector a alejarse del estereotipo y a ver a las mujeres de una nueva forma. De la misma manera, utiliza la ironía al dotar al protagonista, un hombre corrupto y con una doble moral, de intenciones de héroe. Éste decide que su misión es rescatar a Gladys de la decadencia de la sociedad de la que ambos son parte. Debido a que decide rescatarla, Nwankwo retrasa el viaje de Gladys y con ello causa de forma indirecta su muerte. El protagonista causa lo que intentaba evitar: la destrucción de Gladys, con lo que se refuerza el tono pesimista y trágico del cuento que será primordial conservar en la traducción.

En “Girls at War”, Achebe crea con un estilo realista una obra de reflexión sobre los roles de género, la vida y las relaciones de los individuos ante un evento tan trágico como la guerra.

Aunque el cuento trata un evento real muy particular de Nigeria, por medio de sus personajes y la construcción de la historia Achebe no sólo critica a su sociedad sino a la humanidad entera. Transmite su visión sobre la guerra, de cómo esta destruye mundos completos, es decir, todo lo que puede rodear a una persona: seres queridos, sistemas de valores, relaciones interpersonales, libertad, etc.

Achebe enriquece la historia con marcas culturales y su forma de utilizar la lengua que agregan complejidad al cuento. Sus estrategias de apropiación, tal y como lo menciona Tymoczko a lo largo de todo su artículo, funcionan como una traducción de su cultura. Achebe traduce su cultura ibo y nigeriana al inglés. Mediante esta traducción, cuestiona y critica los estereotipos de las mujeres y la representación dada por los medios internacionales a la Guerra de Biafra pues escribe su visión sobre este suceso de la historia de su país. Para traducir este cuento al español, será necesario tomar en cuenta las estrategias de Achebe como escritor y sus estrategias como escritor de literatura poscolonial y como traductor de su cultura, así como sus objetivos didácticos. A continuación explicaré mis estrategias de traducción de “Girls at War”.

3. Estrategias para la propuesta de traducción de “Girls at War”

Actualmente, se pueden encontrar múltiples enfoques hacia la traducción que denotan ya sea su imposibilidad, la búsqueda de un balance, o la preferencia de una estrategia u otra. De ellos se puede concluir que no hay una traducción perfecta por los límites culturales o lingüísticos que esta implica. Sin embargo, sí se puede hablar de la traducción de un texto en la que el traductor tenga la responsabilidad de establecer objetivos específicos con la finalidad de definir sus estrategias y justificar los resultados de su traducción.

Es responsabilidad del traductor o traductora de literatura poscolonial ser congruente con los objetivos del autor. Por esta razón, los objetivos generales para la traducción de “Girls at War” son, en primera instancia, realizar una versión en español que en la medida de lo posible respete las decisiones de Achebe en cuanto a la inclusión de referentes culturales (por ejemplo, menciones de lugares, tipos de comida). También se busca traducir el contenido del cuento, procurando conservar las estrategias narrativas de Achebe como los niveles de focalización del narrador, sus estrategias de apropiación de la lengua y sus objetivos didácticos. Sin duda, Achebe exige un gran reto de investigación por su gran complejidad cultural en combinación con su idea de educar a los lectores. Quien desee traducir a Achebe debe reflexionar antes sobre las repercusiones de cada decisión y estrategia de traducción en lo referente al respeto que se tiene a otras culturas y a la representación que se le dará a estas.

En “Post-colonial Writing and Literary Translation”, Tymoczko afirma que un escritor de literatura poscolonial realiza un acto de traducción de la cultura en su obra. Como parte de este proceso, el escritor, en este caso Achebe, selecciona qué elementos traducir, cuáles adaptar, explicar y cuáles dejar en la lengua origen. Por esta razón, para traducir “Girls at War” al español,

seguiré las decisiones que ya tomó Achebe y que se ven reflejadas en sus estrategias de apropiación de la lengua: palabras sin traducir, explicaciones e *interlanguage*.

A lo largo del cuento, Achebe incluye varias palabras sin traducir, pero proporciona un contexto mediante el cual el lector puede inferir el significado de las palabras ajenas al contexto occidental. En esta propuesta de traducción, decidí conservar los nombres originales para que el lector pudiera inferir de qué se trataban. Este es el caso de las ciudades de “Owerri” o “Enugu”. Otro ejemplo muy claro de esta estrategia es el caso de lo que exclama una multitud que observa el protagonista: “Somebody else shouted ‘Irevolu!’ and his friends replied ‘shum!’ ‘Irevolu!’ ‘shum!’ ‘Isofeli?’ ‘shum!’ ‘Isofeli?’ ‘Mba!’” (“Girls at War”, 105). En este caso, y de acuerdo con el contexto en el que está este fragmento en el cuento, las palabras ibo expresan descontento. Es más la emoción o la sensación de descontento lo que se transmite que un significado palabra por palabra. En consecuencia, en la traducción al español estas palabras en ibo permanecieron sin cambio; cabe mencionar que Ashcroft menciona esta estrategia como parte de la abrogación que realizan los escritores de literatura poscolonial (53).

Achebe también utiliza una palabra muy importante tanto para el contexto nigeriano como para este cuento y el periodo de la guerra civil en particular: “*kwashiorkor*”. Esta palabra se refiere a un tipo de desnutrición que surgió en Nigeria debido a la hambruna causada por la guerra. Esta desnutrición tiene como síntomas una coloración roja en el cabello y la inflamación del vientre por lo que el significado de “*kwashiorkor*” es “niño de pelo rojo”. En el cuento Achebe no explica este término pero el lector, aun sin tener conocimiento previo sobre esta palabra puede inferir que se trata de una enfermedad. En la traducción, decidí dejar la palabra sin traducir, adaptar o explicar por la relación tan estrecha entre esta, la guerra civil y Nigeria. Únicamente añadí algunas palabras para que el lector, al igual que en el original, pueda inferir que se trata de un padecimiento grave.

De modo que traduje “He couldn’t abandon them to kwashiorkor” (Girls at War, 105) por “No podía abandonarlos y que después padecieran *kwashiorkor*”.

Otra estrategia de apropiación utilizada por Achebe es el uso de la explicación por medio de personajes o del narrador cuando hay palabras muy lejanas al contexto occidental, con las cuales sus lectores pueden no estar familiarizados. Un ejemplo de esto es la palabra “*gari*”, que es un cereal proveniente de Gabón. Achebe, en su papel de traductor de su cultura traduce dos alimentos al inglés, “*rice*” o “arroz” y “*beans*” o frijoles. Al mismo tiempo, incluye una palabra extraña al inglés, “*gari*” y la explica:

“So he went now to see an old friend who ran the WCC depot at Nkwerri to get other items like rice, beans and that excellent cereal commonly called Gabon gari.” (Girls at War, 104)

Para ser congruente con las decisiones de Achebe, en la traducción decidí seguir el mismo procedimiento que él por lo que “*rice*” y “*beans*” fueron traducidos al español, pero la palabra “*gari*” permaneció sin cambio y conservó su explicación sobre el tipo de alimento que nombra.

La estrategia que Achebe utiliza con mayor frecuencia y con distinta intensidad a lo largo del cuento es *interlanguage*. Esta estrategia representó un mayor reto de traducción al español por tratarse de cambios hechos al inglés y porque estos cambios están directamente relacionados con el registro y caracterización de los personajes en el cuento. Un ejemplo muy importante de *interlanguage* es cuando Gladys dice: “*Ah, na lie-o. I had earrings*” (112). “*Lie*” es la palabra en inglés para “mentira” por lo que esta frase podría ser traducida como “Ah, eso es mentira”. Sin embargo, con esta traducción, se perdería la muestra de interculturalidad y de hibridez lingüística que presenta Gladys. En la historia, Nwankwo quiere recordar a la Gladys que no usaba peluca, a una Gladys menos europeizada. Cuando ella utiliza esta combinación de idiomas, es como si volviera a ser esa mujer que Nwankwo le está pidiendo que sea. Además, Achebe recurre a la ironía pues, aunque Gladys deja salir su lado menos occidental al hablar, lo hace para contradecir

a Nwankwo y afirmar que la Gladys del pasado no es como él la recuerda. Con el fin de conservar la ironía y la muestra de interculturalidad que además es parte de la caracterización del personaje de Gladys, traduje esta frase como: “*Ah, na mentir-o*”. Traduje únicamente la palabra en inglés para conservar la hibridez lingüística y que el lector hispanohablante entienda la negación de Gladys.

Un ejemplo más de *interlanguage* es el uso del pidgin por parte de unos sirvientes. En el texto original hay cambios incluso en la ortografía como “*I see dem well well*” o “*If no to say de ting de kill porson e for sweet for eye. To God*” (Girls at War, 111) lo cual denota además cambios en la pronunciación. Los cambios en el idioma inglés en estas frases ocurren por la mezcla de otras lenguas con el inglés. Sin embargo, en la traducción no se puede mostrar esta interferencia. De acuerdo con Ashcroft en su apartado de “*interlanguage*”, es importante recalcar que: “It is important to discard the notion of these forms as ‘mistakes’, since they operate according to a separate linguistic logic” (67). Por esta razón, decidí rescatar la diferenciación entre la forma de hablar de los sirvientes y los protagonistas. Al traducirlos al español incluí algunos cambios gramaticales y de ortografía. Mi propuesta de traducción de estas frases es: “*Lo beo bien bien—*. Dijo el otro con igual emoción—. *Eso sin decir que la cosa que mata persona é dulce pa’l ojo. Por Dio.*” Incluí el cambio de ortografía para conservar la idea de un cambio en pronunciación. Por medio de las cursivas se muestra que no se trata de una expresión común y que no se trata de un error ortográfico.

El uso de proverbios, además de ser otro ejemplo de *interlanguage*, es muy importante como característica estilística de Achebe y como parte de la tradición oral ibo. En este cuento únicamente se incluye uno que representó un reto de traducción por no estar completamente en inglés: “*Monkey de work, baboon de chop*” (Girls at War, 110). Este proverbio se encuentra en

una parte del cuento en la que los protagonistas hablan sobre la desigualdad económica durante la guerra, pues mientras los soldados sufren hambre y apenas consiguen alimento, hay quien lucra con este conflicto. Mientras unos trabajan y hacen el trabajo sucio sin ser recompensados, otros ganan mucho dinero. De acuerdo con un diccionario Pidgin-Inglés, la palabra “*chop*” se refiere a “food, income, bribe, embezzle money” (Nigeria Exchange). Por esta razón, el proverbio se puede interpretar como que mientras algunas personas trabajan, otras ganan dinero de forma inapropiada o ilegal. Para la traducción de proverbios, Appiah sugiere optar por una traducción literal para así conservar los rasgos más locales del proverbio, siempre y cuando la transferencia de significado no se vea afectada de forma importante. Afortunadamente, el contexto en el que se encuentra el cuento facilita al lector la comprensión del proverbio aún con una traducción literal de los referentes culturales. Mi propuesta de traducción para este proverbio es: “El mono trabaja y el babuino lo cobra”. Aunque el texto original no contiene artículos, en español sí son necesarios para recrear la oralidad que tiene en inglés. Por otro lado, añadí la conjunción “y” pues, a pesar de que en inglés la coma que divide al proverbio es suficiente, en español la coma hace parecer que el texto está incompleto. Esta propuesta pretende proporcionar un proverbio que funcione dentro del cuento como muestra de la oralidad ibo y como ejemplo de lo que hablan los personajes en ese momento de la historia.

Por otro lado, hay diferencias gramaticales y sintácticas entre el español y el inglés que todo traductor debe considerar. Para esta traducción fue necesario identificar los casos en los que era necesario un cambio de puntuación o de sintaxis por tratarse de estos rasgos, y en los que los cambios en puntuación y sintaxis eran característica estilística de Achebe. En el caso de “Girls at War” uno de los rasgos más sobresalientes es el uso del polisíndeton por medio de la repetición de “and”, en algunas ocasiones presente varias veces dentro del mismo enunciado. En español, la

conjunción “y” utilizada de la misma forma es incorrecta en términos gramaticales, además de que interrumpe la fluidez de la lectura, por lo que en la traducción se cambió por comas. En la traducción hay cambios de puntuación con el fin de aclarar significado y de proporcionar oralidad al texto, evitando cacofonías, lo cual es parte de las estrategias de apropiación de la lengua de Achebe.

Un factor importante en este cuento son los adverbios y el uso de frases adverbiales para el tono irónico del texto. Achebe utiliza los adverbios para contrastar ideas; primero presenta una idea como algo positivo y después lo pone en duda o dice lo contrario, por ejemplo:

He didn't doubt that the girls and the women took themselves seriously; they obviously did. But so did the little kids who marched up and down the streets at the time drilling with sticks and wearing their mothers' soup bowls for street helmets. (103)

En este caso, “they obviously did” parece ser algo positivo hasta que el siguiente enunciado transforma “obviously” en algo irónico. Otros ejemplos en los que se refuerza la ironía son los siguientes: “Although intellectually he approved of thorough searches at toad-blocks, emotionally he was always offended whenever he had to submit to them. (101)”, Además de los adverbios, también hay algunos contrastes con adjetivos como “It was wonderful, he thought, but even more it was tragic (106)”. La traducción de estos enunciados requirió algunos cambios en sintaxis, pues la terminación “mente” de algunos adverbios en español puede resultar cacofónica si se utiliza de forma frecuente en un texto. Por ello, procuré evitarla cuando interfería con la oralidad propia de Achebe. Al mismo tiempo, intenté conservar estos contrastes en la medida de lo posible. Traduje estos ejemplos de la siguiente forma: “Aunque racionalmente aprobaba los registros a fondo en los retenes, en lo emocional siempre se sentía ofendido cuando debía someterse a uno.” y “Era grandioso, pensó, pero más que eso, era trágico”.

Otra forma en la que Achebe utiliza los adverbios es para enfatizar, por ejemplo: “He was immediately and thoroughly ashamed of himself.” (108) y “Too many girls were simply too easy those days.” (109) La estrategia de traducción que utilicé fue la misma que mencioné, e incluí algunos cambios cuando era necesario para mantener la oralidad y fluidez del texto: “Su reacción fue de inmediata y profunda vergüenza de sí mismo.” y “Demasiadas chicas eran simplemente demasiado fáciles estos días”.

Paralelamente, un reto de traducción significativo refiere a dos frases en las que el autor juega con el significado. La primera, referente a las siglas de una organización: World Council of Churches, toma las letras de las siglas de esta organización para expresar oposición hacia esta: War Can Continue. En el caso de esta organización mundial y para hacer el juego de palabras, decidí traducir el nombre a “Consejo Mundial de Iglesias” para así poder utilizar las siglas para crear una frase de oposición: “La Contienda Marcha Igual”. Estas siglas sin explicación sí causan gran extrañeza al lector por lo que decidí incluir su significado la primera vez que aparecen y en las veces subsecuentes únicamente utilicé las siglas. Esta explicación inicial no sólo aclara al lector el tipo de organización de la que se está hablando, sino que compensa la pérdida de significado y accesibilidad que tiene la frase de oposición original.

La segunda frase que está en el cuento no tiene que ver con marcas culturales sino con un doble sentido en la palabra “*impregnable*”. El cuento narra cómo un grupo de mujeres marcharon con un letrero que decía “*We are impregnable*”. Dicho por mujeres, esta palabra puede significar “que no se pueden conquistar” o puede referirse a su capacidad para concebir. En este fragmento del cuento, se está dando fuerza a las mujeres. Ellas quieren luchar a pesar de que los hombres las subestiman. Por esta razón escogí la palabra “inconquistable”, pues además del significado de fortaleza que implica y la asociación de esta palabra con el contexto bélico, proporciona una

ambigüedad ya que puede referirse a conquista por medio de las armas o conquista romántica. En español no hay palabra que mantenga una ambigüedad en significado similar a la palabra del texto original y al tratarse de un letrado, la frase traducida debe ser igual de corta y efectiva. Aunque al traducir “*impregnable*” por “inconquistables” se pierde el significado referente a la concepción, sí se mantiene la extensión de la oración, la efectividad y una ambigüedad en el significado.

A continuación hablaré de las palabras que por su uso y significado representaron un reto de traducción. La estrategia para este tipo de palabras y expresiones idiomáticas fue buscar un equivalente en español lo más cercano posible o compensar la pérdida de significado por medio de paráfrasis. Un ejemplo de estas palabras es “*girl*” la cual puede referirse desde una niña hasta una mujer. En español, sólo existen palabras referentes al género femenino que indican rangos de edad como “niña”, “muchacha”, “mujer” o “anciana”. Por esta razón, aunque el cuento utilizaba la palabra “*girl*” en general, la traduje con las palabras ya mencionadas dependiendo del contexto en el que se encontraban. En el caso del título, opté por la opción de “mujeres” por hablar del género en su totalidad y sin hacer referencia directa a un rango de edad.

Otra diferencia importante entre el español y el inglés es el uso de “*you*” como “tú” o como “usted”. En la traducción, Gladys se refiere a Nwankwo de “usted” por su posición como militar y también como hombre. Nwankwo está caracterizado como un hombre poderoso y autoritario por lo que es de imaginarse que una muchacha que además se acerca a él pidiendo un favor y que conoce el ambiente militar no se va a referir a él con demasiada familiaridad. Sin embargo, hay un momento en el cuento en el que Gladys se rebela a lo que le dice Nwankwo. Esto sucede después de una fiesta y de un primer encuentro sexual. En esta parte del cuento, traduje “*you*” como “tú” para reforzar la rebeldía y la fortaleza que tiene Gladys como personaje. Por otro lado, el pronombre “*you*” también se utiliza de forma impersonal en el cuento por medio del narrador

focalizado en el protagonista por lo que lo traduje como “uno” para marcar la característica impersonal en el uso de este pronombre.

Con las estrategias de traducción antes mencionadas intento crear una traducción que muestre la complejidad de la obra de Achebe en cuanto a hibridez lingüística y cultural en español. Traducir una obra literaria de un autor como él, acerca a quien lo hace a su cultura y su visión de la historia y la sociedad. Este trabajo representa una responsabilidad muy grande por tratarse de la transmisión de los elementos culturales que Achebe quiso comunicar con su obra. Este cuento va más allá de estrategias, se trata de una compleja red de elementos literarios, culturales y lingüísticos que tienen como fin reescribir una parte de la historia desde el punto de vista del autor. Es arte aplicado para el rescate y transmisión de cultura.

4. Traducción de “Girls at War”

“Mujeres en guerra”

La primera vez que sus caminos se cruzaron, no sucedió nada. Eso fue durante los embriagantes primeros días de preparación para la guerra, cuando miles de muchachos (y algunas veces muchachas también) eran rechazados por los centros de enlistamiento porque ya eran demasiados los que se presentaban ardientes de deseos de portar armas para defender la nación nueva y emocionante.

La segunda vez que se encontraron fue en un retén en Awka. Para entonces la guerra había comenzado y avanzaba con lentitud hacia el sur desde el distante sector norte. Él conducía de Onitsha a Enugu y tenía prisa. Aunque racionalmente aprobaba los registros a fondo en los retenes, en lo emocional siempre se sentía ofendido cuando debía someterse a uno. Era probable que no lo admitiera pues lo que la gente creía era que si te revisaban, en realidad, no eras una persona importante. En general, lograba irse sin que lo revisaran al pronunciar con su voz profunda y autoritaria: “Reginald Nwankwo, Ministerio de Justicia”. Le funcionaba casi siempre; pero algunas veces, por ignorancia o pura terquedad, las personas en algún inusual retén no se dejaban impresionar. Eso sucedió entonces en Awka. Dos alguaciles que portaban unos pesados rifles Mark 4, observaban distantes desde la carretera, y le dejaban el registro a los vigilantes locales.

—Tengo prisa —le dijo a la muchacha que ahora se acercaba a su auto—. Mi nombre es Reginald Nwankwo, Ministerio de Justicia.

—Buenas tardes, señor. Necesito ver su cajuela.

— ¡Por Dios! ¿Qué crees tú que hay en la cajuela?

—No lo sé señor.

Salió del auto con ira reprimida, caminó hacia la parte trasera con indignación, abrió la cajuela y, sosteniendo la tapa con la mano izquierda, hizo un gesto con la derecha como diciendo: Después de ti.

— ¿Satisfecha? —reclamó.

—Sí, señor. ¿Puedo ver su guantera?

— ¡Santo Dios!

—Siento retrasarlo, señor. Pero ustedes nos asignaron la realización de este trabajo.

—Descuida. Tienes toda la razón. Es sólo que tengo prisa. Pero descuida, esa es la guantera.

No hay nada ahí, como puedes ver.

—Bien señor, ciérrela. —Luego abrió la puerta trasera y se agachó para inspeccionar debajo de los asientos. Fue entonces que él, por primera vez, la vio de verdad, comenzando por atrás. Era una muchacha hermosa, y vestía una camiseta azul escotada, pantalones caquis y alpargatas; estaba peinada con el estilo moderno de trenza que la dotaba de una apariencia desafiante y al que llamaban —por razones propias— “base de la fuerza aérea”. Además, ella le resultaba vagamente familiar.

—Estoy bien, señor—dijo por fin, queriendo decir que ya había terminado con su labor—.

¿No me reconoce?

—No, ¿Debería?

—Usted me dio un aventón a Enugu el día que dejé la escuela para unirme a la milicia.

—Ah sí, eres esa muchacha. Te dije que regresaras a la escuela porque las niñas no son requeridas en la milicia. ¿O no? ¿Qué ocurrió?

—Me dijeron que regresara a mi escuela o me uniera a la Cruz Roja.

— ¿Lo ves? Tenía razón. Así que, ¿qué haces ahora?

—Por ahora me las arreglo con la Defensa Civil.

—Bien, pues buena suerte. Créeme, eres una gran muchacha.

Ese fue el día en que finalmente creyó que en esta charla podía haber indicios de revolución. Había visto bastantes muchachas y mujeres marchando y manifestándose antes, pero de alguna manera nunca se había detenido a pensar en ello. No dudaba que se tomaran en serio a sí mismas; era obvio que lo hacían. Pero también lo hacían los niños pequeños que marchaban a lo largo de las calles portando palos como armas y utilizando las cacerolas de sus madres como cascos de acero. La broma más recurrente entre sus amigos era sobre el contingente de niñas de una secundaria local que marchaban portando el cartel: “¡Somos inconquistables!”

Pero luego de ese encuentro en el retén de Awka, ya no podía burlarse de las muchachas de nuevo, ni de la charla sobre la revolución, pues ya la había visto en acción en esa muchacha cuya devoción simple y modestamente lo había culpado de obscena frivolidad. ¿Cuáles fueron sus palabras? Estamos haciendo el trabajo que ustedes nos pidieron hacer. Ella no iba a hacer una excepción ni siquiera por alguien que una vez le hizo un favor. Estaba seguro de que hubiera registrado a su propio padre de manera igual de rigurosa.

Cuando sus caminos se cruzaron por tercera vez, por lo menos dieciocho meses después, las cosas se habían puesto muy mal. La muerte y hambruna que habían ahuyentado hacía tiempo la excitación de los primeros días, ahora dejaban en algunos lugares una tajante resignación; en otros, una rebeldía petrificada, incluso suicida. Pero era muy sorprendente que había muchos en este momento que no tenían otro deseo que juntar todas las cosas buenas que aún ocurrían y disfrutar la vida hasta el límite. Para ellos había regresado una extraña normalidad al mundo. Todos aquellos retenes nerviosos desaparecieron. Las niñas eran niñas otra vez y los niños, niños. Era un mundo tenso, bloqueado y desesperado, y sin embargo un mundo —con algo de bondad y algo de

maldad y mucho heroísmo que, sin embargo, surgía la mayoría de las veces muy por debajo de la mirada de las personas en esta historia— que se encontraba en los remotos campos de refugiados, en los harapos mojados, en la desnuda y hambrienta valentía de la primera línea de fuego.

En ese entonces, Reginald Nwankwo vivía en Owerri, pero ese día había ido a Nkwerrí en busca de ayuda. Había conseguido de Caritas, en Owerri, algunas cabezas de pescado seco, algo de carne enlatada, y el terrible producto estadounidense llamado Fórmula Dos que, estaba seguro, era alguna clase de alimento para animales. Pero siempre tuvo una vaga sospecha de que no ser católico lo ponía a uno en desventaja con Caritas. Así que ahora fue a ver a un viejo amigo que controlaba el depósito del Consejo Mundial de Iglesias en Nkwerrí para obtener otros productos como arroz, frijoles y ese excelente cereal llamado comúnmente *gari* de Gabón.

A las seis de la mañana, partió de Owerri para encontrarse con su amigo en el depósito, en donde se sabía que nunca se quedaba más allá de las ocho y media por miedo a los ataques aéreos. Nwankwo tuvo mucha suerte esa vez, ya que el depósito había recibido el día anterior grandes reservas de productos nuevos como resultado de un número inusual de aterrizajes unas noches antes. Mientras su chofer subía las latas, bolsas y cajas al auto, las hambrientas multitudes que permanecían de forma continua alrededor de los centros de ayuda lanzaban consignas toscas y crudas como “la Contienda Marcha Igual,” haciendo burla de las siglas CMI. Alguien más gritó “*¡Irevolu!*”, y sus amigos contestaron “*¡Shum!*”

—*¡Irevolu!*

—*¡Shum!*

—*¿Isofeli?*

—*¡Shum!*

—*¿Isofeli?*

—*Mba!*

Nwankwo estaba profundamente avergonzado no sólo por los reclamos y burlas de esta multitud de espantapájaros, hecha de harapos y costillas flotantes, sino también por la acusación independiente que hacían por sus cuerpos demacrados y ojos hundidos. Sin duda era probable que se hubiera sentido mucho peor si no hubieran dicho nada y simplemente lo hubieran mirado en silencio mientras llenaban su cajuela con leche, huevos deshidratados, avena, carne enlatada y pescado seco. Era seguro que por su naturaleza, lo avergonzara esta singular buena fortuna en medio de la desolación general, pero ¿qué podía hacer un hombre como él? Tenía una esposa y cuatro hijos que vivían en el remoto pueblo de Ogbu, y dependían por completo de la ayuda que él pudiera encontrar para mandarles. No podía abandonarlos y que después padecieran *kwashiokor*. Lo mejor que podía hacer —y que de hecho hacía— era asegurarse de que cuando podía conseguir buena cantidad de reservas como ahora, le daba algo a su chofer, Johnson, quien tenía una esposa y seis ¿o eran siete? hijos, y un salario de diez libras al mes, cuando el *gari* en el mercado llegaba hasta una libra por taza. En una situación así uno no podía hacer nada por las multitudes; en el mejor de los casos uno podía intentar ser útil para los vecinos inmediatos. Eso era todo.

De regreso a Owerri una chica muy atractiva pidió un aventón a lado del camino. Nwankwo le ordenó al chofer que se detuviera. Veintenas de personas a pie, polvosas y exhaustas, en parte militares, en parte civiles, se abalanzaron sobre carro de todas direcciones.

—No, no, no —dijo Nwankwo con firmeza—. Sólo me detuve por la muchacha. Un neumático está mal y sólo puedo llevar a una persona. Lo siento.

—Hijo mío, por favor —dijo una anciana que gritaba con desesperación, aferrándose a la manija.

—Vieja, ¿quieres morir? —le gritó el chofer mientras se alejaba para quitársela de encima. Nwankwo ya había abierto un libro y había clavado los ojos en él. Después de eso, ni siquiera volteó a ver a la chica por lo menos durante una milla, hasta que ella, quizás al encontrar el silencio muy denso, dijo:

—Me salvó hoy. Gracias.

—En absoluto. ¿A dónde vas?

—A Owerri. ¿No me reconoce?

—Ah sí, claro. Que tonto soy...eres...

—Gladys.

—Eso es, la chica del ejército. Has cambiado, Gladys. Siempre fuiste hermosa, claro, pero ahora eres una reina de belleza. ¿Qué haces ahora?

—Estoy en la Dirección de Combustible.

—Eso es grandioso.

Era grandioso, pensó, pero más que eso, era trágico. Ella usaba una peluca teñida en un tono brillante y una falda muy cara y una blusa escotada. Sus zapatos, obviamente de Gabón, debieron haber costado una fortuna. En resumen, pensó Nwankwo, un caballero bien posicionado debía hacerse cargo de ella, alguno de esos que apilaban dinero gracias a la guerra.

—Hoy rompí mi regla al darte un aventón. Nunca doy aventones en estos días.

— ¿Por qué?

— ¿Cuántas personas te puedes llevar? Es mejor ni siquiera intentarlo. Mira a la vieja.

—Pensé que sí la llevaría.

No respondió a eso y después de otro momento de silencio Gladys pensó que tal vez él se había ofendido y añadió:

—Gracias por romper su regla por mí—. Ella examinaba el rostro de él, quien miraba ligeramente hacia otro lado. Él sonrió, volteó y le palmeó el regazo.

— ¿Para qué vas a Owerri?

—Voy a visitar a mi amiga.

— ¿Una amiga? ¿Estás segura?

— ¿Por qué no?... Si me deja en su casa la puede ver. Sólo ruego a Dios que no se haya ido de fin de semana hoy. Eso sería un gran problema.

— ¿Por qué?

—Porque si no está en casa, hoy tendré que dormir en la calle.

—Ruego a Dios que no esté en casa.

— ¿Por qué?

—Porque si no está en casa te voy a ofrecer cama y desayuno... ¿Qué pasa? —preguntó al chofer, que detuvo el auto de repente. No había necesidad de respuesta. La pequeña multitud frente a ellos miraba hacia arriba. Los tres salieron del auto y se dirigieron con torpeza hacia los arbustos con el cuello torcido hacía atrás buscando en el cielo. Pero la alarma era falsa. El cielo estaba silencioso y claro, a excepción de dos buitres que volaban en lo alto. Un bromista en la multitud los llamó el Guerrero y el Bombardero y todos se rieron con alivio. Los tres subieron al auto de nuevo y continuaron con el viaje.

—Es muy temprano para ataques aéreos —le dijo a Gladys, que tenía las palmas contra el pecho como para calmar su corazón palpitante—. Rara vez ocurren antes de las diez.

Pero ella continuó con la boca cerrada por el susto reciente. Nwankwo vio una oportunidad y la tomó de inmediato.

— ¿Dónde vive tu amiga?

—En el 250 de Douglas Road.

— ¡Ah! Es justo el centro de la ciudad, un lugar terrible. Sin búnkeres ni nada. No te recomiendo ir antes de las seis de la tarde; no es seguro. Si no te importa, te llevaré a mi casa donde hay un buen búnker y entonces, tan pronto sea seguro, como a las seis, te llevaré con tu amiga. ¿Qué opinas?

—Está bien—, dijo sin entusiasmo—. Estoy muy asustada por esto. Por eso no quise trabajar en Owerri. Ni siquiera sé quién me mandó a salir hoy.

—Estarás bien. Estamos acostumbrados a esto.

—Pero ¿tu familia no está ahí contigo?

—No—, contestó él—. Nadie tiene a su familia aquí. Nos gusta decir que es por los ataques aéreos pero te aseguro que no es sólo por eso. Owerri es un pueblo con mucho movimiento y vivimos la vida de alegres solteros.

—Eso he escuchado.

—No sólo lo escucharás, hoy lo verás. Te llevaré a una fiesta muy movida. Un amigo mío, un Teniente Coronel celebrará hoy su cumpleaños con una fiesta. Contrató a los Sound Smashers para que toquen. Estoy seguro de que lo vas a disfrutar.

Su reacción fue de inmediata y profunda vergüenza de sí mismo. Odiaba las fiestas y frivolidades a las que sus amigos se aferraban como si el mar se los fuera a tragar. ¡Y hablar de ellos con aprobación sólo porque quería llevar una mujer a su casa! Y esta mujer en particular que alguna vez tuvo una fe tan bella en la lucha y fue traicionada (sin duda alguna) por algún hombre como él que buscaba pasar un buen rato. Con tristeza, negó con la cabeza.

— ¿Qué pasa? —preguntó Gladys.

—Nada. Sólo pensaba.

Continuaron el resto del viaje a Owerri prácticamente en silencio.

Ella se puso cómoda muy rápido, como si fuera una de sus novias regulares. Se puso un vestido de casa y se quitó la peluca cobriza.

—Ese es un peinado adorable. ¿Por qué lo escondes con una peluca?

—Gracias —dijo ella dejando de lado la pregunta por un momento. Luego agregó —: Los hombres son graciosos.

— ¿Por qué lo dices?

—Ahora eres una reina de belleza—, ella lo imitó.

— ¡Ah eso! Dije en serio cada palabra—. Se acercó a ella y la besó. Ella no se rehusó pero tampoco cedió por completo, lo que le gustó de entrada. Demasiadas chicas eran simplemente demasiado fáciles estos días. Algunos lo llamaban el mal de la guerra.

Salió un poco después para asomarse a la oficina y ella se ocupó en la cocina ayudando a su criado con la comida. Sólo debió asomarse, pues regresó en media hora, frotándose las manos y diciendo que no podía estar lejos por mucho tiempo de su reina de belleza.

Al sentarse a comer ella dijo:

—No tienes nada en el refrigerador.

— ¿Cómo qué?— dijo él, medio ofendido.

—Como carne— contestó inmutada.

— ¿Aún comes carne?— Él la retó.

— ¿Quién soy yo para comerla? Pero otros hombres poderosos como tú lo hacen.

—No sé qué hombres poderosos tengas en mente, pero no son como yo. Yo no hago dinero negociando con el enemigo ni vendiendo suministros ni...

—El novio de Augusta no hace eso. Él sólo consigue moneda extranjera.

— ¿Cómo la consigue? Estafa al gobierno. Así es como consigue moneda extranjera quien quiera que sea. ¿Quién es Augusta, por cierto?

—Mi amiga.

—Ya veo.

— La última vez me dio tres dólares y los cambié por cuarenta y cinco libras. El hombre le dio cincuenta dólares.

—Bueno querida, yo no trafico con moneda extranjera y no tengo carne en mi refrigerador. Estamos peleando una guerra y sé que algunos muchachos en el frente comen *gari* y beben agua una vez cada tres días.

—Es cierto —dijo con simpleza—. El mono trabaja y el babuino cobra.

—Ni siquiera es eso. Es peor —agregó él, su voz comenzaba a temblar—. La gente muere cada día. Mientras hablamos alguien está muriendo.

—Es cierto—. Dijo ella de nuevo.

— ¡Avión! —gritó el criado desde la cocina.

— ¡Madre mía! —gritó Gladys. Mientras huían hacia el búnker hecho de ramas de palma y tierra roja, cubriéndose las cabezas con las manos y encorvándose un poco en su huida, el cielo entero explotaba con el clamor de los jets y el estruendo de cohetes caseros antiaéreos.

Dentro del búnker ella se aferró a él incluso después de que el avión se había ido y las armas, lentas para disparar y también para irse, se calmaran de nuevo.

—Sólo iba pasando —dijo él, con la voz un poco temblorosa—. No lanzó nada. Por su dirección diría que iba al frente de guerra. Tal vez nuestra gente los está presionando; eso es lo que siempre hacen. Siempre que nuestros muchachos los presionan, envían un mensaje de ayuda a los rusos y a los egipcios para que traigan aviones. —Respiró profundo.

Ella no dijo nada, sólo siguió aferrada a él. Podían escuchar a su criado diciendo en pidgin al sirviente de la casa vecina que había dos aviones y que uno volaba así y el otro asá.

—*Lo beo bien bien*—. Dijo el otro con igual emoción—. *Eso sin decir que la cosa que mata persona é dulce pa'l ojo. Por Dio.*

— ¡Imagínate! —dijo Gladys cuando por fin encontró su voz. Tenía una forma, pensó él, de transmitir con pocas palabras, o incluso con una sola, capas enteras de significado. Ahora expresaba su asombro así como su reprobación, salpicada tal vez con admiración reprimida por las personas que podían actuar tan desenfadadas ante estos portadores de muerte.

—No te asustes tanto —le dijo. Ella se acercó y él comenzó a besarla y a apretujarle los pechos. Ella cedió más y más, y luego por completo. El búnker estaba oscuro y sin barrer y podría albergar criaturas rastreras. Pensó en traer un tapete de la casa principal pero de mala gana decidió lo contrario. Otro avión podría pasar, y podría causar que un vecino o simplemente un transeúnte los interrumpiera. Eso sería sólo un poco mejor que el caso de un caballero que durante otra redada aérea fue visto en plena luz del día escapando completamente desnudo desde su habitación hacia su búnker seguido de una mujer en las mismas condiciones.

Tal y como Gladys había temido, su amiga no estaba en la ciudad. Al parecer, su poderoso novio se las había amañado para conseguirle un vuelo a Libreville para ir de compras. O, al menos, eso creían sus vecinos.

— ¡Excelente! —dijo Nwankwo mientras se iban—. Regresará en un avión de armas cargado con zapatos, pelucas, pantalones, sostenes, cosméticos y yo no sé qué más, que venderá y convertirá en miles de libras. ¿Ustedes están de verdad en guerra? ¿O no, chicas?

Ella se quedó callada y él creyó que por fin la había hecho entender. De repente, ella dijo

—Eso es lo que ustedes, los hombres, quieren que hagamos.

—Bueno —dijo—, aquí hay un hombre que no quiere que hagas eso. ¿Recuerdas a aquella chica vestida con pantalones caqui que me registró sin piedad en el retén?

Ella comenzó a reír.

—Esa es la chica que quiero que seas de nuevo. ¿La recuerdas? Sin peluca. Creo que ni siquiera usabas aretes.

—Ah, *na mentir-o*. Sí tenía aretes.

—Bueno, pero sabes a lo que me refiero.

—Ese tiempo ya pasó. Ahora todos quieren sobrevivir. Lo llaman número seis. Tú pones tu número seis, yo pongo mi número seis. Todo está bien.

La fiesta del Teniente Coronel se convirtió en algo muy inesperado, aunque antes de eso las cosas iban bastante bien. Había carne de cabra, algo de pollo y arroz y suficientes licores caseros. Había una bebida temible apodada “bala rastreadora” que de hecho recorría la garganta como una flama que deja su rastro. Lo curioso era que la botella tenía la apariencia inocente de una bebida de naranja. Pero lo que causó mayor alboroto fue el pan. ¡Una pequeña pieza para cada persona! Era del tamaño de una pelota de golf y de la misma consistencia también, pero era pan de verdad. La banda era buena también y había numerosas muchachas. Y para mejorar las cosas aún más dos hombres blancos de la Cruz Roja llegaron al poco tiempo con una botella de Courvoisier y otra de whisky. La multitud los ovacionó de pie y luego se abrieron paso para obtener una probada. Sin embargo, pronto resultó que uno de los hombres blancos, a decir por su comportamiento, era muy posible que ya había bebido demasiado. Y la razón al parecer fue que la noche anterior, un piloto

que conocía bien murió en un accidente en el aeropuerto mientras viajaba para llevar ayuda en medio de un clima terrible.

Pocas personas en la fiesta habían escuchado del choque para ese entonces, por lo que el ambiente se tornó denso de inmediato. Algunas parejas que bailaban regresaron a sus asientos y la banda se detuvo. Después por alguna razón el borracho de la Cruz Roja explotó.

— ¿Por qué un hombre, un hombre decente, desperdiciaría su vida así? ¡Por nada! No era necesario que Charlie muriera. No por este apestoso lugar. Sí, todo apesta aquí. Incluso estas chicas que vienen todas arregladas y sonrientes, ¿qué valen? Lo sabré yo. Un poco de pescado deshidratado, eso es todo, o un dólar americano y están listas para lanzarse a la cama.

En el silencio amenazador que siguió a la explosión, uno de los jóvenes oficiales caminó hacia él y le dio tres estruendosas bofetadas— ¡derecha! ¡izquierda! ¡derecha!— lo levantó de su asiento y (había algo como lágrimas en sus ojos) lo sacó a empujones. Su amigo, que había tratado de callarlo en vano, lo siguió afuera y en silencio la gente los escuchó irse en su coche. El oficial responsable de esa hazaña regresó sacudiéndose las manos.

— ¡Maldita bestia!— dijo con una frescura impresionante. Y todas las chicas mostraron con la mirada que lo distinguían como hombre y como héroe.

— ¿Lo conoces?— Gladys le preguntó a Nwankwo.

No le respondió. En lugar de eso habló en general hacia la fiesta.

—El tipo estaba claramente ebrio — dijo.

—No me importa —dijo el oficial—. Cuando un hombre está ebrio es cuando dice lo que piensa.

—Así que lo golpeaste por lo que piensa —dijo el anfitrión—. Esa es la actitud, Joe.

—Gracias, señor —dijo Joe, con un saludo.

—Se llama Joe —. Gladys y la chica a su izquierda dijeron al unísono, mientras se volteaban a ver.

Al mismo tiempo, Nwankwo y un amigo a su lado decían en voz baja, muy baja, que aunque el hombre había sido grosero y ofensivo, lo que dijo sobre las chicas era desafortunadamente la amarga realidad, sólo que él no era el hombre indicado para decirla.

Cuando el baile continuó, el capitán Joe se acercó a Gladys para bailar. Ella se paró aún antes de que palabra alguna saliera de su boca. Luego recordó de inmediato y volteó para pedir permiso de Nwankwo. Al mismo tiempo el capitán volteó hacia él y le dijo

— ¿Me permite?

—Adelante —dijo Nwankwo, con la mirada fija en algún punto entre ambos.

Fue un baile largo y él los siguió con la mirada intentando disimular. De vez en cuando pasaba un avión de ayuda y alguien apagaba las luces de inmediato diciendo que podría ser el Intruso, pero se trataba sólo de una excusa para bailar en la oscuridad y hacer reír a las muchachas pues el sonido del Intruso era bien conocido.

Gladys volvió muy avergonzada y pidió a Nwankwo que bailara con ella. Pero él se rehusó.

—No te preocupes por mí —le dijo—. La estoy pasando perfectamente bien aquí sentado y viendo a quienes bailan.

—Entonces vámonos —dijo ella—. Si no quieres bailar.

—Créeme, yo nunca bailo. Así que por favor, disfruta la fiesta.

Ella bailó después con el Teniente Coronel y de nuevo con el capitán Joe, y después Nwankwo accedió a llevarla a casa.

—Lamento no haber bailado— le dijo mientras se iban. —Pero juré nunca bailar mientras dure esta guerra.

Ella no dijo nada.

—Cuando pienso en alguien como ese piloto que murió anoche, y él no tenía nada que ver con la lucha, todo lo que quería era traernos comida...

—Espero que su amigo no sea como él— dijo Gladys.

—El hombre sólo estaba afectado por la muerte de su amigo. Pero lo que digo es que mientras mueren personas como esas y nuestros propios chicos sufren y mueren en los frentes de guerra no veo porqué debemos sentarnos a festejar y bailar.

—Tú me llevaste ahí —dijo al fin con rebeldía—. Son tus amigos. No los conozco de antes.

—Mira, linda, no te estoy culpando, sólo te estoy diciendo por qué en lo personal me rehúso a bailar. De todas formas, cambiemos de tema... ¿Aún quieres regresar mañana? Mi chofer te puede llevar temprano el lunes para que vayas a trabajar. ¿No? Bueno, justo como quieras. Tú mandas.

Ella lo impactó por su lenguaje y por la disposición con la que lo siguió a la cama.

— ¿Quieres bombardearme? —le preguntó. Y sin esperar una respuesta, continuó— Anda, pero no sueltes a las tropas.

Estaba bien porque él tampoco quería soltar las tropas, pero como ella quería confirmación visual, él le mostró.

Uno de los ingeniosos trucos para economizar, enseñado por la guerra, era que un condón de látex podía usarse una y otra vez. Todo lo que uno debía hacer era lavarlo, secarlo y espolvorearle talco para evitar que se pegara y así quedaba como nuevo. Aunque debía ser uno británico de verdad, no uno de esos baratos que traen de Lisboa que es tan resistente como una hoja de ocumo en el harmatán.

Él obtuvo placer pero dio a la chica por perdida. Igual pudo haber dormido con una prostituta, pensó. Para él era claro como el agua que la mantenía un oficial del ejército. Qué terrible transformación en el corto periodo de menos de dos años. ¿No era un milagro que ella aún tuviera recuerdos de su otra vida y que aún recordara su nombre? Si el asunto del borracho de la Cruz Roja sucediera de nuevo, se dijo a sí mismo, se pararía a su lado para decirles a los invitados que el hombre decía la verdad. ¡Qué terrible destino recaería en una generación completa! ¡En las madres del mañana!

Por la mañana, se sentía un poco mejor y más generoso en sus juicios. Gladys, pensó, era sólo un espejo que reflejaba una sociedad cuyo centro tenía gusanos y se había podrido por completo. El espejo en sí estaba intacto, con mucha suciedad, pero nada más. Todo lo que se necesitaba era un plumero limpio. “Tengo un deber con ella”, se dijo, “con la pequeña niña que alguna vez me reveló nuestra situación. Ahora ella está en peligro, bajo una terrible influencia.”

Quería llegar al fondo de esta influencia fatal. Era claro que no se trataba únicamente de su amiga por conveniencia Augusta, o como quiera que se llamara. Debía haber algún hombre en el centro de la situación, tal vez uno de esos mercenarios sin corazón que trafican con moneda extranjera y ganan sus cientos de miles al enviar a jóvenes a arriesgar sus vidas al cambiar el botín por cigarros tras las líneas enemigas, o uno de esos contratistas que reciben pilas de dinero todos los días por comida que nunca entregan al ejército. O tal vez algún vulgar y cobarde oficial del ejército, lleno de sucias conversaciones de barracas y de historias falsas de heroísmo. Decidió que debía averiguarlo. La noche anterior había pensado en enviar a su chofer sólo para llevarla a casa. Pero no, él debía ir y ver dónde vivía por sí mismo. Algo debía salir a la luz ahí. Algo en lo que él podría anclar su operación salvadora. Mientras se preparaba para el viaje, sus sentimientos hacia ella se suavizaron con cada minuto que pasaba. Apartó para ella la mitad de la comida que había

recibido en el Centro de Ayuda el día anterior. Por lo difícil que estaban las cosas, pensó que una muchacha con algo de comer se alejaría, no por completo, pero sí en parte, de la tentación. También arreglaría con su amigo en el CMI que le entregara algo de comer cada dos semanas.

Gladys comenzó a llorar cuando vio los regalos. Nwankwo no tenía mucho dinero en efectivo pero reunió veinte libras y se las dio.

—No tengo moneda extranjera, y sé que esto no durará nada pero...

Ella sólo se arrojó a sus brazos, sollozando. Él la besó en los labios y los ojos y murmuró algo sobre víctimas de las circunstancias, que ella no lograba comprender. Como distinción hacia él, pensó con regocijo, había guardado su peluca teñida en su bolsa.

—Quiero que me prometas algo— le dijo.

—¿Qué?

—Nunca uses esa expresión sobre bombardeos de nuevo.

Ella sonrió con lágrimas en los ojos—. ¿No te gusta? Así es como todas las chicas le dicen.

—Bueno, pero tú eres diferente a todas las chicas. ¿Lo prometes?

—Bien.

Naturalmente, su partida se había retrasado un poco. Y cuando subieron al auto, este no encendió. Después de hurgar en el motor, el chofer determinó que la batería estaba muerta. Nwankwo se quedó atónito. Esa misma semana había pagado treinta y cuatro libras para cambiar dos de las células y el mecánico que lo hizo le había garantizado seis meses de servicio. Una batería nueva, que entonces costaba doscientos cincuenta libras, estaba descartada por completo. El chofer debió ser descuidado con algo, pensó.

—Debe ser por lo de anoche —dijo el chofer.

— ¿Qué ocurrió anoche? —inquirió Nwankwo con un tono brusco, preguntándose qué clase de insolencia venía en camino sin que el chofer tuviera intención de decir alguna.

—Usamos la luz delantera.

— ¿Entonces no puedo usar mi luz? Ve y junta a algunas personas e intenta empujarlo—. Salió del auto de nuevo con Gladys y regresó a la casa mientras el chofer iba a las casas vecinas a buscar ayuda de los otros sirvientes.

Después de por lo menos media hora de empujarlo por toda la calle y de muchos consejos de los ruidosos sirvientes, el auto por fin volvió a la vida disparando enormes nubes de humo negro por el escape.

Cuando salieron, eran las ocho y media en su reloj. Unas millas después, un soldado discapacitado pidió un aventón.

— ¡Alto! —gritó Nwankwo. El chofer enterró el pie en los frenos y luego miró a su patrón con asombro.

— ¿No ves al soldado haciendo una señal? Regresa y recógelo.

—Lo siento, señor —dijo el conductor—. No sé si patrón quiere recogerlo.

—Si no sabes, pregunta. Regresa.

El soldado, tan sólo un muchacho, vestido con un inmundito uniforme caqui y empapado de sudor, no tenía la pierna derecha desde la rodilla. No sólo estaba agradecido de que un auto se detuviera por él, también estaba sorprendido. Primero les dio sus toscas muletas de madera que el conductor acomodó entre los dos asientos delanteros, y después subió con dolor.

—Gracias, señor —dijo mirando hacia atrás y completamente sin aliento.

—Estoy muy agradecido, señora. Gracias.

—El placer es nuestro— dijo Nwankwo—. ¿En dónde te hirieron?

—En Azumini, señor. El diez de enero.

—No te preocupes. Todo estará bien. Estamos orgullosos de ustedes y nos vamos a asegurar de que reciban su recompensa cuando todo termine.

—Eso pido a Dios, señor.

Continuaron su camino en silencio por la siguiente media hora más o menos. Luego, mientras el auto bajaba una pendiente hacia un puente alguien gritó—tal vez el chofer, tal vez el soldado— ¡Están aquí!— El rechinado de los frenos se fundió con los gritos y el estallido del cielo. Las puertas se abrieron incluso antes de que el auto se detuviera y todos escaparon ciegos hacia el monte. Gladys iba un poco delante de Nwankwo cuando escucharon entre el tumulto asfixiante la voz del soldado que exclamaba —¡Por favor regresen y ábranme!—Vagamente vio a Gladys detenerse; la dejó atrás mientras le gritaba que se apresurara. Después, un fuerte silbido descendió como una lanza a través del caos y explotó con un enorme ruido y movimiento que destruyó todo. El árbol que había abrazado lo lanzó hacia los arbustos. Luego, otro terrible silbido comenzó desde arriba y terminó de nuevo en una monumental explosión del mundo; y luego otra, y Nwankwo ya no escuchó más.

Despertó y se enfrentó a ruidos humanos, llantos, el olor y el humo de un mundo calcinado. Se forzó a levantarse y fue tambaleándose hacia la fuente de los sonidos.

Desde lejos vio a su chofer corriendo hacia él lleno de lágrimas y sangre. Y vio los restos de su auto humeante y los restos mezclados de la muchacha y del soldado. Dejó salir un llanto penetrante y cayó de nuevo.

5. Bibliografía:

Fuentes impresas:

- Achebe, Chinua. "The Novelist as Teacher" en *Hopes and Impediments: Selected Essays*, Anchor Books, Nueva York, 1990
- Achebe, Chinua. "The Writer and His Community" en *Hopes and Impediments: Selected Essays*, Anchor Books, Nueva York, 1990
- Appiah, Kwame Anthony. "Thick Translation". en L. Venuti (ed) *The Translation Studies Reader*, Routledge, Londres, 1993
- Ashcroft, Bill et. al. *The Empire Writes Back*, Routledge, Londres, 1989
- Basnett, Susan (ed.) *Post-colonial Translation*, Routledge, Londres, 1999
- Bhabha, Homi (ed), *Nation and Narration*, Routledge, 1990
- Gikandi, Simon, *Reading Chinua Achebe*, Oxford, 1991
- Innes, C.L. *Chinua Achebe*, Cambridge University Press, Cambridge, 1990
- Tymoczko, Maria, "Post-Colonial Writing and Literary Translation" en Susan Basnett (ed.) *Post-colonial Translation*, Routledge, London, 1999
- Venuti, Lawrence (ed.) *The Translation Studies Reader*, Routledge, Londres y Nueva York, 2000

Fuentes electrónicas:

- Achebe, Chinua., "Chinua Achebe on Biafra" , *Transition*, No. 36 (1968), pp. 31-38, Indiana University Press, URL: < <http://www.jstor.org/stable/2934672>> Consultado el 7 de septiembre de 2012.
- Achebe, Chinua, "English and the African Writer", *Transition*, No. 75/76, The Anniversary Issue: Selections from *Transition*, 1961-1976(1997), pp. 342-349 , Indiana University Press on behalf of the W.E.B. Du Bois Institute, URL: < <http://www.jstor.org/stable/2935429>> Consultado el 11 de octubre de 2012.
- Amuta, Chidi., "The Nigerian Civil War and the Evolution of Nigerian Literature", *Canadian Journal of African Studies / Revue Canadienne des Études Africaines*, Vol.17, No. 1 (1983), pp. 85-99, Canadian Association of African Studies, URL: <<http://www.jstor.org/stable/484662> > Consultado el 11 de diciembre de 2012.
- Nigeria Exchange, "Babawilly's Dictionary of Pidgin English Words and Phrases.", <http://www.ngex.com/personalities/babawilly/dictionary/pidginc.htm> Consultado el 26 de septiembre de 2012.
- Ogunbesan, Kolawole., "Politics and the African Writer", *African Studies Review*, Vol. 17, No. 1 (Abril, 1974), pp. 43-53, African Studies Association URL: <<http://www.jstor.org/stable/523576>> Consultado el 11 de diciembre de 2012.
- Rowell, Charles H., "An Interview With Chinua Achebe", *Callaloo*, Vol. 13, No. 1, Invierno, 1990), pp. 86-101, The Johns Hopkins University Press, URL: <<http://www.jstor.org/stable/2931612>> Consultado el 11 de septiembre de 2012.

6. Versión en inglés de "Girls at War"

Girls at War

The first time their paths crossed nothing happened. That was in the first heady days of warlike preparation when thousands of young men (and sometimes women too) were daily turned away from enlistment centres because far too many of them were coming forward burning with readiness to bear arms in defence of the exciting new nation.

The second time they met was at a check-point at Awka. Then the war had started and was slowly moving southwards from the distant northern sector. He was driving from Onitsha to Enugu and was in a hurry. Although intellectually he approved of thorough searches at road-blocks, emotionally he was always offended whenever he had to submit to them. He would probably not admit it but the feeling people got was that if you were put through a search then you could not really be one of the big people. Generally he got away without a search by pronouncing in his deep, authoritative voice: "Reginald Nwankwo, Ministry of

Justice." That almost always did it. But sometimes either through ignorance or sheer cussedness the crowd at the odd check-point would refuse to be impressed. As happened now at Awka. Two constables carrying heavy Mark 4 rifles were watching distantly from the roadside leaving the actual searching to local vigilantes.

"I am in a hurry," he said to the girl who now came up to his car. "My name is Reginald Nwankwo, Ministry of Justice."

"Good afternoon, sir. I want to see your trunk."

"O Christ! What do you think is in the trunk?"

"I don't know, sir."

He got out of the car in suppressed rage, stalked to the back, opened the trunk and holding the lid up with his left hand he motioned with the right as if to say: After you!

"Are you satisfied?" he demanded.

"Yes, sir. Can I see your pigeon-hole?"

"Christ Almighty!"

"Sorry to delay you, sir. But you people gave us this job to do."

"Never mind. You are damn right. It's just that I happen to be in a hurry. But never mind. That's the glovebox. Nothing there as you can see."

"All right, sir, close it." Then she opened the rear door and bent down to inspect under the seats. It was then he took the first real look at her, starting from behind. She was a beautiful girl in a breasty blue jersey, khaki jeans and canvas shoes with the new-style hair-plait which gave a girl a defiant look and which they called—for reasons of their own—"air force base"; and she looked vaguely familiar.

"I am all right, sir," she said at last meaning she was through with her task. "You don't recognize me?"

"No. Should I?"

"You gave me a lift to Enugu that time I left my school to go and join the militia."

"Ah, yes, you were the girl. I told you, didn't I, to go back to school because girls were not required in the militia. What happened?"

"They told me to go back to my school or join the Red Cross."

"You see I was right. So, what are you doing now?"

"Just patching up with Civil Defence."

"Well, good luck to you. Believe me you are a great girl."

That was the day he finally believed there might be something in this talk about revolution. He had seen plenty of girls and women marching and demonstrating before now. But somehow he had never been able to give it much thought. He didn't doubt that the girls and the women took themselves seriously; they obviously did. But so did the little kids who marched up and down the streets at the time drilling with sticks and wearing their mothers' soup bowls for steel helmets. The prime joke of the time among his friends was the contingent of girls from a local secondary school marching behind a banner: WE ARE IMPREGNABLE!

But after that encounter at the Awka check-point he simply could not sneer at the girls again, nor at the talk of revolution, for he had seen it in action in that young woman whose devotion had simply and without self-righteousness convicted him of gross levity. What were her words? We are doing the work you asked us to do. She wasn't going to make an exception even for one who once did her a favour. He was sure she would have searched her own father just as rigorously.

When their paths crossed a third time, at least

GIRLS AT WAR AND OTHER STORIES

eighteen months later, things had got very bad. Death and starvation having long chased out the headiness of the early days, now left in some places blank resignation, in others a rock-like, even suicidal, defiance. But surprisingly enough there were many at this time also who had no other desire than to corner whatever good things were still going and to enjoy themselves to the limit. For such people a strange of normalcy had returned to the world. All those nervous check-points disappeared. Girls became girls once more and boys boys. It was a tight, blockaded and desperate world but none the less a world—with some goodness and some badness and plenty of heroism which, however, happened most times far, far below the eye-level of the people in this story—in out-of-the-way refugee camps, in the damp tatters, in the hungry and bare-handed courage of the first line of fire.

Reginald Nwankwo lived in Owerri then. But that day he had gone to Nkwerrri in search of relief. He had got from Caritas in Owerri a few heads of stockfish, some tinned meat, and the dreadful American stuff called Formula Two which he felt certain was some kind of animal feed. But he always had a vague suspicion that not being a Catholic put one at a disadvantage with Caritas. So he went now to see an old friend who ran the WCC depot at Nkwerrri to get other items like rice, beans and that excellent cereal commonly called Gabon gari.

He left Owerri at six in the morning so as to catch his friend at the depot where he was known never to linger beyond 8:30 for fear of air-raids. Nwankwo was very fortunate that day. The depot had received on the previous day large supplies of new stock as a result of an unusual number of plane landings a few nights earlier. As his driver loaded tins and bags and cartons

Girls at War

into his car the starved crowds that perpetually hung around relief centres made crude, ungracious remarks like "War Can Continue!" meaning the WCC! Somebody else shouted "Irevolu!" and his friends replied "shum!" "Irevolu!" "shum!" "Isofeli?" "shum!" "Isofeli?" "Mba!"

Nwankwo was deeply embarrassed not by the jeers of this scarecrow crowd of rags and floating ribs but by the independent accusation of their wasted bodies and sunken eyes. Indeed he would probably have felt much worse had they said nothing, simply looked on in silence, as his trunk was loaded with milk, and powdered egg and oats and tinned meat and stockfish. By nature such singular good fortune in the midst of a general desolation was certain to embarrass him. But what could a man do? He had a wife and four children living in the remote village of Ogbu and completely dependent on what relief he could find and send them. He couldn't abandon them to kwashiokor. The best he could do—and did do as a matter of fact—was to make sure that whenever he got sizeable supplies like now he made over some of it to his driver, Johnson, with a wife and six, or was it seven? children and a salary of ten pounds a month when gari in the market was climbing to one pound per cigarette cup. In such a situation one could do nothing at all for crowds; at best one could try to be of some use to one's immediate neighbours. That was all.

On his way back to Owerri a very attractive girl by the roadside waved for a lift. He ordered the driver to stop. Scores of pedestrians, dusty and exhausted, some military, some civil, swooped down on the car from all directions.

"No, no, no," said Nwankwo firmly. "It's the young

GIRLS AT WAR AND OTHER STORIES

woman I stopped for. I have a bad tyre and can only take one person. Sorry."

"My son, please," cried one old woman in despair, gripping the door-handle.

"Old woman, you want to be killed?" shouted the driver as he pulled away, shaking her off. Nwankwo had already opened a book and sunk his eyes there. For at least a mile after that he did not even look at the girl until she finding, perhaps, the silence too heavy said:

"You've saved me today. Thank you."

"Not at all. Where are you going?"

"To Owerri. You don't recognize me?"

"Oh yes, of course. What a fool I am . . . You are . . ."

"Gladys."

"That's right, the militia girl. You've changed, Gladys. You were always beautiful of course, but now you are a beauty queen. What do you do these days?"

"I am in the Fuel Directorate."

"That's wonderful."

It was wonderful, he thought, but even more it was tragic. She wore a high-tinted wig and a very expensive skirt and low-cut blouse. Her shoes, obviously from Gabon, must have cost a fortune. In short, thought Nwankwo, she had to be in the keep of some well-placed gentleman, one of those piling up money out of the war.

"I broke my rule today to give you a lift. I never give lifts these days."

"Why?"

"How many people can you carry? It is better not to try at all. Look at that old woman."

"I thought you would carry her."

He said nothing to that and after another spell of

Girls at War

silence Gladys thought maybe he was offended and so added: "Thank you for breaking your rule for me." She was scanning his face, turned slightly away. He smiled, turned, and tapped her on the lap.

"What are you going to Owerri to do?"

"I am going to visit my girlfriend."

"Girlfriend? You sure?"

"Why not? . . . If you drop me at her house you can see her. Only I pray God she hasn't gone on weekend today; it will be serious."

"Why?"

"Because if she is not at home I will sleep on the road today."

"I pray to God that she is not at home."

"Why?"

"Because if she is not at home I will offer you bed and breakfast . . . What is that?" he asked the driver who had brought the car to an abrupt stop. There was no need for an answer. The small crowd ahead was looking upwards. The three scrambled out of the car and stumbled for the bush, necks twisted in a backward search of the sky. But the alarm was false. The sky was silent and clear except for two high-flying vultures. A humourist in the crowd called them Fighter and Bomber and everyone laughed in relief. The three climbed into their car again and continued their journey.

"It is much too early for raids," he said to Gladys, who had both her palms on her breast as though to still a thumping heart. "They rarely come before ten o'clock."

But she remained tongue-tied from her recent fright. Nwankwo saw an opportunity there and took it at once.

"Where does your friend live?"

"250 Douglas Road."

"Ah! That's the very centre of town—a terrible place. No bunkers, nothing. I won't advise you to go there before 6 p.m.; it's not safe. If you don't mind I will take you to my place where there is a good bunker, and then as soon as it is safe, around six, I shall drive you to your friend. How's that?"

"It's all right," she said lifelessly. "I am so frightened of this thing. That's why I refused to work in Owerri. I don't even know who asked me to come out today."

"You'll be all right. We are used to it."

"But your family is not there with you?"

"No," he said. "Nobody has his family there. We like to say it is because of air-raids but I can assure you there is more to it. Owerri is a real swinging town and we live the life of gay bachelors."

"That is what I have heard."

"You will not just hear it; you will see it today. I shall take you to a real swinging party. A friend of mine, a Lieutenant-Colonel, is having a birthday party. He's hired the Sound Smashers to play. I'm sure you'll enjoy it."

He was immediately and thoroughly ashamed of himself. He hated the parties and frivolities to which his friends clung like drowning men. And to talk so approvingly of them because he wanted to take a girl home! And this particular girl too, who had once had such beautiful faith in the struggle and was betrayed (no doubt about it) by some man like him out for a good time. He shook his head sadly.

"What is it?" asked Gladys.

"Nothing. Just my thoughts."

They made the rest of the journey to Owerri practically in silence.

She made herself at home very quickly as if she was a regular girl friend of his. She changed into a house dress and put away her auburn wig.

"That is a lovely hair-do. Why do you hide it with a wig?"

"Thank you," she said leaving his question unanswered for a while. Then she said: "Men are funny."

"Why do you say that?"

"You are now a beauty queen," she mimicked.

"Oh, that! I mean every word of it." He pulled her to him and kissed her. She neither refused nor yielded fully, which he liked for a start. Too many girls were simply too easy those days. War sickness, some called it.

He drove off a little later to look in at the office and she busied herself in the kitchen helping his boy with lunch. It must have been literally a look-in, for he was back within half an hour, rubbing his hands and saying he could not stay away too long from his beauty queen.

As they sat down to lunch, she said: "You have nothing in your fridge."

"Like what?" he asked, half-offended.

"Like meat," she replied undaunted.

"Do you still eat meat?" he challenged.

"Who am I? But other big men like you eat."

"I don't know which big men you have in mind. But they are not like me. I don't make money trading with the enemy or selling relief or . . ."

"Augusta's boyfriend doesn't do that. He just gets foreign exchange."

"How does he get it? He swindles the government—that's how he gets foreign exchange, whoever he is. Who is Augusta, by the way?"

"My girlfriend."

"I see."

"She gave me three dollars last time which I changed to forty-five pounds. The man gave her fifty dollars."

"Well, my dear girl, I don't traffic in foreign exchange and I don't have meat in my fridge. We are fighting a war and I happen to know that some young boys at the front drink gari and water once in three days."

"It is true," she said simply. "Monkey de work, baboon de chop."

"It is not even that; it is worse," he said, his voice beginning to shake. "People are dying every day. As we talk now somebody is dying."

"It is true," she said again.

"Plane!" screamed his boy from the kitchen.

"My mother!" screamed Gladys. As they scuttled towards the bunker of palm stems and red earth, covering their heads with their hands and stooping slightly in their flight, the entire sky was exploding with the clamour of jets and the huge noise of home-made anti-aircraft rockets.

Inside the bunker she clung to him even after the plane had gone and the guns, late to start and also to end, had all died down again.

"It was only passing," he told her, his voice a little shaky. "It didn't drop anything. From its direction I should say it was going to the war front. Perhaps our people who are pressing them. That's what they always do. Whenever our boys press them, they send an SOS to the Russians and Egyptians to bring the planes." He drew a long breath.

She said nothing, just clung to him. They could hear his boy telling the servant from the next house that there were two of them and one dived like this and the other dived like that.

"I see dem well well," said the other with equal excitement. "If no to say de ting de kill porson e for sweet for eye. To God."

"Imagine!" said Gladys, finding her voice at last. She had a way, he thought, of conveying with a few words or even a single word whole layers of meaning. Now it was at once her astonishment as well as reproof, tinged perhaps with grudging admiration for people who could be so light-hearted about these bringers of death.

"Don't be so scared," he said. She moved closer and he began to kiss her and squeeze her breasts. She yielded more and more and then fully. The bunker was dark and unswept and might harbour crawling things. He thought of bringing a mat from the main house but reluctantly decided against it. Another plane might pass and send a neighbour or simply a chance passer-by crashing into them. That would be only slightly better than a certain gentleman in another air-raid who was seen in broad daylight fleeing his bedroom for his bunker stark-naked pursued by a woman in a similar state!

Just as Gladys had feared, her friend was not in town. It would seem her powerful boyfriend had wangled for her a flight to Libreville to shop. So her neighbours thought anyway.

"Great!" said Nwankwo as they drove away. "She will come back on an arms plane loaded with shoes, wigs, pants, bras, cosmetics and what have you, which she will then sell and make thousands of pounds. You girls are really at war, aren't you?"

She said nothing and he thought he had got through at last to her. Then suddenly she said, "That is what you men want us to do."

"Well," he said, "here is one man who doesn't want you to do that. Do you remember that girl in khaki jeans who searched me without mercy at the check-point?"

She began to laugh.

"That is the girl I want you to become again. Do you remember her? No wig. I don't even think she had any earrings . . ."

"Ah, na lie-o. I had earrings."

"All right. But you know what I mean."

"That time done pass. Now everybody want survival. They call it number six. You put your number six; I put my number six. Everything all right."

The Lieutenant-Colonel's party turned into something quite unexpected. But before it did things had been going well enough. There was goat-meat, some chicken and rice and plenty of home-made spirits. There was one fiery brand nicknamed "tracer" which indeed sent a flame down your gullet. The funny thing was looking at it in the bottle it had the innocent appearance of an orange drink. But the thing that caused the greatest stir was the bread—one little roll for each person! It was the size of a golf ball and about the same consistency too! But it was real bread. The band was good too and there were many girls. And to improve matters even further two white Red Cross people soon arrived with a bottle of Courvoisier and a bottle of Scotch! The party gave them a standing ovation and then scrambled to get a taste. It soon turned out from his general behaviour, however, that one of the white men had probably drunk too much already. And the reason it would seem was that a pilot he knew well had been killed in a crash at the airport last night, flying in relief in awful weather.

Few people at the party had heard of the crash by then. So there was an immediate damping of the air. Some dancing couples went back to their seats and the band stopped. Then for some strange reason the drunken Red Cross man just exploded.

"Why should a man, a decent man, throw away his life. For nothing! Charley didn't need to die. Not for this stinking place. Yes, everything stinks here. Even these girls who come here all dolled up and smiling, what are they worth? Don't I know? A head of stockfish, that's all, or one American dollar and they are ready to tumble into bed."

In the threatening silence following the explosion one of the young officers walked up to him and gave him three thundering slaps—right! left! right!—pulled him up from his seat and (there were things like tears in his eyes) shoved him outside. His friend, who had tried in vain to shut him up, followed him out and the silenced party heard them drive off. The officer who did the job returned dusting his palms.

"Fucking beast!" said he with an impressive coolness. And all the girls showed with their eyes that they rated him a man and a hero.

"Do you know him?" Gladys asked Nwankwo.

He didn't answer her. Instead he spoke generally to the party.

"The fellow was clearly drunk," he said.

"I don't care," said the officer. "It is when a man is drunk that he speaks what is on his mind."

"So you beat him for what was on his mind," said the host, "that is the spirit, Joe."

"Thank you, sir," said Joe, saluting.

"His name is Joe," Gladys and the girl on her left said in unison, turning to each other.

GIRLS AT WAR AND OTHER STORIES

At the same time Nwankwo and a friend on the other side of him were saying quietly, very quietly, that although the man had been rude and offensive what he had said about the girls was unfortunately the bitter truth, only he was the wrong man to say it.

When the dancing resumed Captain Joe came to Gladys for a dance. She sprang to her feet even before the word was out of his mouth. Then she remembered immediately and turned round to take permission from Nwankwo. At the same time the Captain also turned to him and said, "Excuse me."

"Go ahead," said Nwankwo, looking somewhere between the two.

It was a long dance and he followed them with his eyes without appearing to do so. Occasionally a relief plane passed overhead and somebody immediately switched off the lights saying it might be the Intruder. But it was only an excuse to dance in the dark and make the girls giggle, for the sound of the Intruder was well known.

Gladys came back feeling very self-conscious and asked Nwankwo to dance with her. But he wouldn't. "Don't bother about me," he said, "I am enjoying myself perfectly sitting here and watching those of you who dance."

"Then let's go," she said, "if you won't dance."

"But I never dance, believe me. So please, enjoy yourself."

She danced next with the Lieutenant-Colonel and again with Captain Joe, and then Nwankwo agreed to take her home.

"I am sorry I didn't dance," he said as they drove away. "But I swore never to dance as long as this war lasts."

Girls at War

She said nothing.

"When I think of somebody like that pilot who got killed last night. And he had no hand whatever in the quarrel. All his concern was to bring us food . . ."

"I hope that his friend is not like him," said Gladys.

"The man was just upset by his friend's death. But what I am saying is that with people like that getting killed and our own boys suffering and dying at the war fronts I don't see why we should sit around throwing parties and dancing."

"You took me there," said she in final revolt. "They are your friends. I don't know them before."

"Look, my dear, I am not blaming you. I am merely telling you why I personally refuse to dance. Anyway, let's change the subject . . . Do you still say you want to go back tomorrow? My driver can take you early enough on Monday morning for you to go to work. No? All right, just as you wish. You are the boss."

She gave him a shock by the readiness with which she followed him to bed and by her language.

"You want to shell?" she asked. And without waiting for an answer said, "Go ahead but don't pour in troops!"

He didn't want to pour in troops either and so it was all right. But she wanted visual assurance and so he showed her.

One of the ingenious economics taught by the war was that a rubber condom could be used over and over again. All you had to do was wash it out, dry it and shake a lot of talcum powder over it to prevent its sticking; and it was as good as new. It had to be the real British thing, though, not some of the cheap stuff they brought in from Lisbon which was about as strong as a dry cocoyam leaf in the harmattan.

GIRLS AT WAR AND OTHER STORIES

He had his pleasure but wrote the girl off. He might just as well have slept with a prostitute, he thought. It was clear as daylight to him now that she was kept by some army officer. What a terrible transformation in the short period of less than two years! Wasn't it a miracle that she still had memories of the other life, that she even remembered her name? If the affair of the drunken Red Cross man should happen again now, he said to himself, he would stand up beside the fellow and tell the party that here was a man of truth. What a terrible fate to befall a whole generation! The mothers of tomorrow!

By morning he was feeling a little better and more generous in his judgments. Gladys, he thought, was just a mirror reflecting a society that had gone completely rotten and maggoty at the centre. The mirror itself was intact; a lot of smudge but no more. All that was needed was a clean duster. "I have a duty to her," he told himself, "the little girl that once revealed to me our situation. Now she is in danger, under some terrible influence."

He wanted to get to the bottom of this deadly influence. It was clearly not just her good-time girlfriend, Augusta, or whatever her name was. There must be some man at the centre of it, perhaps one of these heartless attack-traders who traffic in foreign currencies and make their hundreds of thousands by sending young men to hazard their lives bartering looted goods for cigarettes behind enemy lines, or one of those contractors who receive piles of money daily for food they never deliver to the army. Or perhaps some vulgar and cowardly army officer full of filthy barrack talk and fictitious stories of heroism. He decided he had to find out. Last night he had thought

Girls at War

of sending his driver alone to take her home. But no, he must go and see for himself where she lived. Something was bound to reveal itself there. Something on which he could anchor his saving operation. As he prepared for the trip his feeling towards her softened with every passing minute. He assembled for her half of the food he had received at the relief centre the day before. Difficult as things were, he thought a girl who had something to eat would be spared, not all, but some of the temptation. He would arrange with his friend at the WCC to deliver something to her every fortnight.

Tears came to Gladys's eyes when she saw the gifts. Nwankwo didn't have too much cash on him but he got together twenty pounds and handed it over to her.

"I don't have foreign exchange, and I know this won't go far at all, but . . ."

She just came and threw herself at him, sobbing. He kissed her lips and eyes and mumbled something about victims of circumstance, which went over her head. In deference to him, he thought with exultation, she had put away her high-tinted wig in her bag.

"I want you to promise me something," he said.

"What?"

"Never use that expression about shelling again."

She smiled with tears in her eyes. "You don't like it? That's what all the girls call it."

"Well, you are different from all the girls. Will you promise?"

"O.K."

Naturally their departure had become a little delayed. And when they got into the car it refused to start. After poking around the engine the driver decided that the battery was flat. Nwankwo was

aghast. He had that very week paid thirty-four pounds to change two of the cells and the mechanic who performed it had promised him six months' service. A new battery, which was then running at two hundred and fifty pounds was simply out of the question. The driver must have been careless with something, he thought.

"It must be because of last night," said the driver.

"What happened last night?" asked Nwankwo sharply, wondering what insolence was on the way. But none was intended.

"Because we use the headlight."

"Am I supposed not to use my light then? Go and get some people and try pushing it." He got out again with Gladys and returned to the house while the driver went over to neighbouring houses to seek the help of other servants.

After at least half an hour of pushing it up and down the street, and a lot of noisy advice from the pushers, the car finally spluttered to life shooting out enormous clouds of black smoke from the exhaust.

It was eight-thirty by his watch when they set out. A few miles away a disabled soldier waved for a lift.

"Stop!" screamed Nwankwo. The driver jammed his foot on the brakes and then turned his head towards his master in bewilderment.

"Don't you see the soldier waving? Reverse and pick him up!"

"Sorry, sir," said the driver. "I don't know Master wan to pick him."

"If you don't know you should ask. Reverse back."

The soldier, a mere boy, in filthy khaki drenched in sweat lacked his right leg from the knee down. He seemed not only grateful that a car should stop for him but greatly surprised. He first handed in his crude

wooden crutches which the driver arranged between the two front seats, then painfully he levered himself in.

"Thank sir," he said turning his neck to look at the back and completely out of breath.

"I am very grateful. Madame, thank you."

"The pleasure is ours," said Nwankwo. "Where did you get your wound?"

"At Azumini, sir. On the tenth of January."

"Never mind. Everything will be all right. We are proud of you boys and will make sure you receive your due reward when it is all over."

"I pray God, sir."

They drove on in silence for the next half-hour or so. Then as the car sped down a slope towards a bridge somebody screamed—perhaps the driver, perhaps the soldier—"They have come!" The screech of the brakes merged into the scream and the shattering of the sky overhead. The doors flew open even before the car had come to a stop and they were fleeing blindly to the bush. Gladys was a little ahead of Nwankwo when they heard through the drowning tumult the soldier's voice crying: "Please come and open for me!" Vaguely he saw Gladys stop; he pushed past her shouting to her at the same time to come on. Then a high whistle descended like a spear through the chaos and exploded in a vast noise and motion that smashed up everything. A tree he had embraced flung him away through the bush. Then another terrible whistle starting high up and ending again in a monumental crash of the world; and then another, and Nwankwo heard no more.

He woke up to human noises and weeping and the smell and smoke of a charred world. He dragged himself up and staggered towards the source of the sounds.

GIRLS AT WAR AND OTHER STORIES

From afar he saw his driver running towards him in tears and blood. He saw the remains of his car smoking and the entangled remains of the girl and the soldier. And he let out a piercing cry and fell down again.